

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 86 Junio de 2025

Esclavitud a María, suprema alegría

Luis Samuel



Nuestra Señora de la Antigua.
(Colección particular)

Nobleza de alma del auténtico devoto de María

El alma verdaderamente devota de Nuestra Señora admira sus virtudes y es propensa a maravillarse con todo lo que, de algún modo, posee un reflejo de esas virtudes.

Ama el brillo de un diamante porque es puro e inmaculado como María; ama el coraje de un héroe porque recuerda a la Santísima Virgen aplastando heroicamente la cabeza de la serpiente, y como siendo Ella el único general que hace vencer, en todo el mundo, la Causa Católica contra las herejías.

Y así, todo cuanto hay de bello en la Creación espiritual o material, el auténtico devoto remite a Nuestra Señora y ama, pensando que Ella es incomparablemente más que esas bellezas.

Esa actitud hace que el alma se vuelva noble, elevada, con horror a la trivialidad, a la vulgaridad, en fin, a todo cuanto haga parte y caracterice el mundo igualitario de nuestros días.

(Extraído de conferencia del 16/6/1972)

Sumario



En la portada, imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima

Foto: Teodoro Reis

Vol. VIII - No. 86 Junio de 2025

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Segunda página
2 *Nobleza de alma del auténtico devoto de María*

Editorial
4 *La fiesta de la esclavitud de amor*

Piedad pliniana
5 *Pidiendo la elevación de pensamientos*

Doña Lucilia
6 *Afecto luciliano en oposición al mal de la autosuficiencia*

Reflexiones teológicas
9 *Esclavos de María, humildes y puros, fuertes contra el demonio*

Eco fidelísimo de la Iglesia
14 *Esclavitud de Amor, la suprema libertad*

De Maria nunquam satis
23 *Belleza y esplendor de la consagración a Nuestra Señora*

Apóstol del pulchrum
30 *Reino de María: la hora del pulchrum en la Historia*

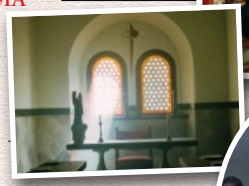
Última página
36 *El amor de la Santísima Virgen hacia sus esclavos*

















Editorial

La fiesta de la esclavitud de amor

Hasta no hace muchos años atrás, uno de los más bellos elogios que se podía hacer a una persona era calificarla de "esclava del deber". Así se afirmaba que era capaz de sobrellevar cualquier riesgo o perjuicio, con tal de no transgredir los deberes inherentes a su cargo.

La palabra "esclavo" califica a alguien que, libremente persuadido de la nobleza y elevación de sus deberes y de su misión, decide inmolar, a favor de ella, si fuera necesario, hasta sus legítimos derechos y sus más queridos intereses.

En esa "esclavitud" llena de amor al deber, al ideal, a la misión, la persona no es ni de lejos esclavo del tipo de los prisioneros de guerra romanos o de los negros embarcados a la fuerza para Brasil. Al contrario, ella ejerce racionalmente, y en altísimo grado, su libertad, y hace un uso absolutamente lúcido y noble de sí mismo y de todo cuanto es suyo.

Tal es el sentido que San Luis Grignion de Montfort da a la consagración de alguien como "esclavo de María".

Es esclavo de amor de María Santísima quien, persuadido sin ninguna coacción de las prerrogativas excelsas que le caben a ella como Madre de Dios, y de las perfecciones morales de que ella es modelo, se consagra a ella libremente y por amor. Y en compensación de esa lúcida y libérrima consagración, María, Madre de misericordia, no trata a su esclavo con el egoísmo tosco y violento del romano o del esclavista, sino con el amor materno, lleno del afecto y consideración de la más generosa, afable e indulgente de las madres.

Según San Luis Grignion, la principal fiesta litúrgica del año para aquellos que se consagraron como esclavos de Nuestra Señora es la fiesta da Encarnación, porque Nuestro Señor, concebido por la Virgen María, pasó durante nueve meses en las entrañas santísimas de ella, viviendo en la mayor de las dependencias que una criatura pueda estar de otra, o sea, la de criatura en el vientre materno en relación con su propia madre.

Podemos aquilatar el verdadero aspecto de las relaciones de Jesús con María en el claustro materno, si consideramos el dato fundamental de que Él, el Verbo Encarnado, tuvo plena lucidez desde el primer instante de su ser. De manera que, durante la gestación, se daba al mismo tiempo una dependencia suya en relación con ella y de ella en relación con Él.

Mientras, por el proceso biológico de la gestación, la Santísima Virgen iba dando su carne y su sangre para la formación del Cuerpo del Hijo de Dios, paralelamente Él operaba en el alma de ella fenómenos análogos; iba, por así decir, concibiendo el alma de ella para la gracia, a medida que ella iba concibiendo el Cuerpo de Él para la vida.

Así, se fue dando una especie de doble acción, en la cual la intimidad y la unión de almas entre los dos, el concierto, la completa semejanza en todo, se fue acentuando de un modo inefable, inimaginable.

Podemos imaginarnos a Nuestra Señora trayendo todo el tiempo a Nuestro Señor dentro de sí, rezándole, recibiendo de Él comunicaciones, hablando con Él y, al mismo tiempo, formando su Cuerpo.

No es posible suponer nada que exprese de un modo más completo la mutua confianza entre dos seres. Solamente es confiando Él totalmente en ella, y ella en Él, que se puede concebir que esta unión transcendente y maravillosa se haya verificado.*

---

* Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio "Consagração, liberdade suprema" In: "Folha de São Paulo", 9/12/1974 y Conferencia de 25/3/1971



Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



João C. V. Villa

La Virgen con el Niño – Museo del Centro Cultural Ecuatoriano Aurélio Espinosa Pólit, Quito

Pidiendo la elevación de pensamientos

Madre mía, ayudadme a ver que todo cuanto es vuestro o de la Iglesia es bellísimo, nobilísimo, atrayentísimo. Dadme la gracia de ver que todo cuanto dice respecto a mí, en la medida en que no es fruto de la gracia, es insípido, vulgar, sin importancia. Hacedme discernir que todo lo procedente de la Revolución es tenebroso, malo, impuro. Y en consecuencia, concededme que mis pensamientos sólo se dirijan hacia Vos, hacia la Iglesia y hacia la Causa de la Contra-Revolución, porque para eso fui creado, para eso fui llamado y según eso seré juzgado.

(Compuesta el 20/3/1976)

Fotos: Archivo Revista

Afecto luciliano en oposición al mal de la autosuficiencia

Contrariamente al concepto liberal y comunista de bondad, Doña Lucilia ejercía sobre las almas una acción benigna e intransigente, amenizando y sanando los aislamientos y amarguras, frutos de la orfandad inherente al hábito de la autosuficiencia.



Hay ciertas formas de sinceridad y de intensidad de afecto que solo les es dado tener a los combativos.

El descrédito causado por el pacifista

No creo en la amistad del pacifista. Él se pone como amigo de todos, pero eso es justamente lo que no es, pues quien no quiere pelear con nadie no es amigo de nadie. Porque por su modo de ser, en su presencia toda injusticia se resuelve mediante un diálogo de paz y, por lo tanto, no se necesita punir.

Ahora bien, si alguien me calumnió y yo pruebo que aquello es una calumnia, no se trata de hacer un diálogo para saber si soy inocente: el otro es un calumniador. Luego, exijo que él se desdiga, y tengo dos derechos: uno es la retractación debida a mi reputación; el otro es un derecho de verlo punido.

Quien fuese mi amigo debería asociarse a ambos derechos míos. El pacifista no hace eso. Entre el calumniador y el calumniado, él procura hacer un arreglo, por el cual el calumniado, en el fondo, tiene que ver la impunidad de la calumnia hecha contra sí. Además, se percibe en la conducta de ese tipo de pacifista que, si queremos forzarlo a una actitud lógica, él pelea con nosotros y no con el calumniador. Por lo tanto, no merece crédito. Esa es una de las mentiras de la Revolución.

Concepto equivocado de bondad

Otras mentiras de la Revolución dicen con respecto al concepto de bondad. Una afirma que toda persona con cierta elevación y distinción

no tiene lástima de quien no posee esas mismas cualidades y hace sentir su superioridad por falta de misericordia. Luego, espíritu jerárquico y bondad son incompatibles. La bondad consiste en el igualitarismo.

Otra mentira es: intransigencia y bondad son incompatibles, porque la intransigencia hace sufrir. Ahora bien, quien es bondadoso tiene horror al sufrimiento; luego, es propio de la bondad tener horror a la intransigencia.

Yo podría presentar aún otras contradicciones de ese mismo género. Pueden estar seguros de que ellas tienen un peso enorme para hacer antipática la Causa de la Contra-Revolución.

Acción materna e intransigente

El modo de ser de mi madre prueba que varias de esas pseudo-contradicciones no existen. Por ejemplo, su acción sobre las almas es la más maternal posible, pero es una acción intransigente. O sea, ella conduce al cumplimiento de los Mandamientos y a la fidelidad a la Providencia. Y si no es eso, se percibe que hay una ruptura con ella, pues a pesar de todas las bondades, ella es intransigente.

Tomen el *Quadrinho*[1]: en él reluce la bondad. Por otro lado, el modo como ella se presenta y es, es enteramente el de una señora de la élite de su tiempo y, por lo tanto, a leguas del patrón democrático hoy en día en vigor. Por otro lado, trasluce de bondad.

Así, una serie de aparentes antítesis de esas que a la Revolución le gusta lanzar en oposición a la Contra-Revolución, Doña Lucilia las destruye simplemente por su ser, sin



Túmulo de Doña Lucilia, en 1984
Cementerio de la Consolación, São Paulo

nada más, únicamente porque ella es, porque está presente, ella provoca esa destrucción.

Bajo ese punto de vista, ella ayuda a los miembros del Grupo a comprenderme mejor, porque perciben a través de ella cómo esos preconceptos que llevan a mucha gente a pensar que soy un Ferrabrás, [personaje de la ficción medieval, tendiente a lo bravucón] un tirano, no son realidad. Ahí está su papel.

Gracia que convida a la unión y a la simpatía estables

He notado el siguiente fenómeno: un gran número de personas recibe gracias por intercesión de mi madre. Mientras dura el recuerdo de esas gracias, hay una posición muy conmovida y fervorosa; después, eso se desvanece. Al desvanecerse, se manifiesta la debilidad humana que no sabe ser grata. Sabemos que la gratitud es la más frágil de las virtudes… Pero hay otra cuestión.

Generalmente, las personas en las cuales el recuerdo vivo de esas gracias se desvanece sin su culpa, revelan una especie de rechazo en volver a apelar y pedir a mamá, que va mucho más allá de la aridez, queda en el límite de lo explicable, roza en una especie de incomprensión y antipatía. No una antipatía militante, sino una actitud así aborrecida: "¡No quiero pedir!"

Hasta que, de repente, por la intercesión de ella, la persona pasa por cierto apuro y es llevada a pedirle alguna cosa. Pidiendo, la obtiene y vuelve la acción de aquella admiración, de aquella consolación. Eso se repite, hasta desaparecer en ese tipo de almas un género determinado de obstáculo interior en ser uno solo con ella y, digámoslo, simpatizar con ella vehemente y establemente.

Ahora bien, es lo que Doña Lucilia parece pedir en las gracias que ella confiere. Porque, mientras la persona está bajo la acción de una gracia recibida por ella, comprende perfectamente ciertas cosas, como, por ejemplo, su insuficiencia. El mito de la autosuficiencia –muy revolucionario y difundido no sé en qué proporciones– se desarma y desaparece. Entonces la simpatía, la propensión por alguien que nos ama, que nos quiere, pero nos ve con cierta compasión un poco sonriente y nos promete su afecto, eso vuelve a flote. Cuando la per-

sona se olvida de las gracias recibidas, el estado de espíritu de autosuficiencia reaparece y ella no quiere ser objeto de tanto cariño ni de tanta amistad, porque quiere abrir por sí misma su propio camino.

Un vicio profundamente revolucionario: la autosuficiencia

Es preciso hacer notar que la autosuficiencia es el propio presupuesto tanto de la doctrina liberal, como de la comunista. En la idea de los ciudadanos libres e iguales está subyacente el concepto de que cada uno se basta a sí mismo, porque, si hay algunos que necesitan de otros, la desigualdad desaparece en rigor de justicia, pues si alguien dio y otro recibió, quedó obligado. El modo por el cual se agradece es decir "*muito obrigado*"[2], o sea, estoy obligado a algo con relación al bienhechor. Es el sentido de la expresión francesa "*remercie, remercier*": estoy a tu merced por lo que me hiciste. El vínculo, por así decir, feudal, va imponiéndose, mientras que, en la autosuficiencia, no: ciudadanos libres, iguales, todos votan, cada uno deposita su voto en la urna y vale tanto cuanto el del otro, y la suma aritmética de lo que fue contabilizado es el camino a seguir.



El Dr. Plinio en agosto de 1982

Una cosa curiosa es que el hábito de la autosuficiencia constituye una especie de orfandad, fuente de cuántas amarguras interiores y de cuántos aislamientos, ¡no sé qué decir! Creo que entre autosuficiencia, orfandad y neurosis hay una relación muy próxima. Muchas y muchas veces me pregunto: si sobre mí no hubiese flotado el afecto de mi madre, ¿yo sería un hombre calmado como soy y habría tenido la facilidad de comprensión y la apetencia de la devoción a Nuestra Señora, que es esa disposición del alma agradecida llevada a un grado superlativo, en fin, en el nivel de la hiperdulía?

Sin embargo, percibo que esas situaciones falsas crean una especie de apego, porque el hombre es una criatura muy rara y llena de posiciones paradójicas. Y cuando tiene una paradoja muy irracional, él adora esa paradoja. Y al mismo tiempo que sufre los tormentos de la autosuficiencia, no le gusta ser ayudado, porque "él resuelve".

Esa posición lleva la persona a implicar con Doña Lucilia, porque ella ofrece una superabundancia de bondad, de cariño, de protección, pero en la cual la dependencia aparece y la autosuficiencia desaparece.

El individuo no puede ser el gran hombre que quería ser a sus propios ojos, el dueño de su propia vida, que resuelve porque es un gran hombre. Por el contrario, tiene que reconocer que hubo en relación con él una cosa llamada misericordia, compasión, dada por quien no tenía obligación de dar, que fue tratado como hijo, que fue enteramente gratuito y le dio en abundancia lo que él no podía esperar, acompañado de la sensación de que él no vive sin eso.

En las horas en que ese reconocimiento no está presente, la persona es llevada a esta esperanza tonta: "Yo ahora quiero ver si vivo sin la ayuda de ella". Es un horror, pero, por eso mismo, probable.



Doña Lucilia y el Dr. Plinio en enero de 1959

Por ejemplo, de los diez leprosos del Evangelio, nueve no fueron a agradecer. ¿Por qué? En el fondo, autosuficiencia. Si todos fueran a hablar con Nuestro Señor, Él los recibiría rebosando de bondad, pero el mito de que ellos resolvieron su caso desaparecía.

Hay un proverbio portugués, al menos en el portugués de Brasil: "El uso de la pipa tuerce la boca". El vicio de la autosuficiencia vuelve a la persona incapaz de recibir socorro. Y, vuelvo a decir, es un vicio profundamente revolucionario. ❖

(Extraído de conferencia del 21/8/1982)

---

1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.

2) En portugués, literalmente: [Estoy] "muy obligado". Es la forma habitual de agradecimiento en esta lengua.

Esclavos de María, humildes y puros, fuertes contra el demonio

Flávio Lourenço



Anunciación - Museo de Ulm, Alemania

A la manera de una gota de rocío que parece contener todo el sol cuando sobre ella incide un rayo de luz, así es el alma humilde: se eleva a una altura y a una armonía verdaderamente indecibles, se vuelve pura y combativa, y se convierte en esclava de María Santísima alabándola en el misterio de la Encarnación.

En su *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, San Luis María Grignion de Montfort comenta:

[Los esclavos de María] tendrán una devoción especial al gran misterio de la Encarnación del Verbo, que se celebra el 25 de marzo, que es el misterio propio de esta devoción, ya que ella fue inspirada por el Espíritu Santo, para honrar e imitar la inefable dependencia que Dios Hijo quiso tener de María, para gloria de Dios Padre y para nuestra salvación. Esta depen-

J.P. Castro





Flávio Lourenço

A la izquierda, San José con el Niño - Basílica de San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Ciudad de México. A la derecha, Virgen de la Anunciación – Pinacoteca Antigua, Múnich

dencia se manifiesta particularmente en este misterio en el que Jesucristo se hace cautivo y esclavo en el seno de la divina María, donde depende de Ella para todas las cosas[1].

Durante su gestación, el Divino Niño dependía en todo de su Santa Madre

Nuestro Señor Jesucristo quiso ser Esclavo de Nuestra Señora porque, a partir del momento en que Ella aceptó la propuesta del Ángel de dar a luz al Mesías, el Espíritu Santo actuó en su interior, y fue concebido el Hombre-Dios. De manera que, inmediatamente después de la invitación, Ella se convirtió en la Madre de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo pasó todas las etapas de su gestación en el santísimo y purísimo claustro de la Virgen María. Y continuamente el organismo de Ella estaba proveyendo lo necesario para el desarrollo del niño mil veces bendito, el Divino Niño que allí se estaba formando para la salvación de los hombres.

Así se ha dicho muy bien: *Caro Christi, caro Mariæ*.[2] Porque en el matrimonio común los hijos son productos del padre y de la madre, pero en el matrimonio virginal de María, Nuestro Señor no era hijo natural de San José, quien poseía un derecho paterno sobre el fruto de las entrañas de su Esposa, pero no era el padre consanguíneo del Niño Jesús. Ella, sin embargo, era la Madre carnal de Él.

Excelsa santidad a la que fue elevada la Esposa del Espíritu Santo

Pero no podemos dejar de considerar que, siendo Nuestra Señora verdadera Madre de Dios, desde el momento en que el Espíritu Santo se convirtió en su Esposo, Él también tuvo derechos sobre su alma que se sobreponían a los de San José; y San José, a su vez, ardiente devoto del Divino Espíritu Santo y lleno de ese Espíritu, la ayudó, por así decirlo, a conocer lo que el Espíritu Santo quería para la plena ejecución de su voluntad.

Así pues, Nuestra Señora fue la Esposa del Divino Espíritu Santo a un título muy particular, que debemos reflexionar cuando consideramos el misterio de la Encarnación.

La Virgen María se convirtió en su Esposa y comenzó a recibir de Él orientaciones, directrices, actos de amor, consuelos, "*flashes*" –si podemos usar la palabra– de una sublimidad insondable, referentes al relacionamiento de Nuestro Señor con

Ella, formando con el Padre Eterno una elevadísima relación, en la que Nuestra Señora era, de manera muy especial, Hija del Padre Eterno; a un título único, Madre del Verbo Encarnado; y Esposa del Divino Espíritu Santo. Todo esto vino para Ella en virtud de la Encarnación.

En el momento en que la Santísima Virgen concibió al Verbo encarnado, se produjo, por decirlo así, una promoción asombrosa, en la que Ella fue elevada enteramente a una condición superior a la de todos los Ángeles y Santos. Y tan superior que, si la santidad pudiese ser objeto de una operación matemática –Ella es algo puramente espiritual–, pero si sumáramos la santidad que hubo en todos los Santos desde el inicio de la Creación hasta el fin del mundo y la comparáramos con Nuestra Señora, Ella sería incomparablemente más santa que toda esa montaña santísima de los Santos de todos los tiempos que el Espíritu Santo fue suscitando en la Historia.

No tenemos idea de cuál fue y es la santidad de María. Moisés, cuando pidió ver a Dios, escuchó esta respuesta: "No puedes ver mi rostro, pues el hombre no me podría ver y seguir con vida" (Éx 33,20). A veces me pregunto: Si nos fuese dado ver a Nuestra Señora cara a cara en esta vida terrena, con todo su esplendor, ¿no moriríamos también?

Convivencia con Nuestra Señora, invitación a la Perfecta obediencia

Es verdad que la Virgen María se ha aparecido a varios santos. Sin embargo, Ella probablemente les oculta algo de su santidad para que no mueran, o les concede gracias muy especiales en ese momento, para que puedan soportar verla.

Santa Catalina Labouré, religiosa francesa del siglo pasado que divulgó la Medalla Milagrosa, relata las apariciones de la Madre de Dios así: ella estaba durmiendo y, al despertar, se le apareció un niño que comprendió que era el Divino Niño, quien le dijo que lo acompañara a la capilla, porque allí la esperaba su Madre. Ella rápidamente se arregló y se dirigió a la capilla.

Había muchas dependencias entre la capilla y la celda donde ella dormía, y a lo largo de todo el camino, todas las luces estaban encendidas como si fuera una gran fiesta.

Y, más aún, cuando llegó a la capilla, encontró a Nuestra Señora en el presbiterio, sentada en una silla de madera que aún hoy se puede besar, se puede venerar. La Santa se acercó a Ella y, según se dice, le habló con sus codos apoyados en las rodillas de Nuestra Señora.

¡Qué habrá quedado en su alma la vida entera a raíz de esta visión! La conclusión que saco de aquí es que Nuestra Señora, hablando a Santa Catalina Labouré, le comunicó una grandeza de espíritu y también una obediencia por la cual, cada vez que la Santa era magnificada en visiones sucesivas, se hacía más obediente.

¿Por qué razón? Porque ella iba comprendiendo cada vez más la inefable santidad de Nuestra Señora y, por tanto, la admiraba cada vez más. Y le quedaba más claro lo absurdo que sería desobedecer a la Madre de Dios y a ese universo de santidad que existe en su Inmaculado Corazón.



Samuel Holanda

Aparición a Santa Catalina Labouré - Rue du Bac, París

La esencia del espíritu contrarrevolucionario

Y por eso, el crecimiento en la santidad, que aparentemente debería generar una especie de sentimiento de igualdad, suscitaba por el contrario una situación de inferioridad deliciosamente experimentada, vivida en la exclamación: "¡Qué paraíso es obedecer!"

La esencia del espíritu contrarrevolucionario es ésta: admirar tanto el poder en el cual existe la autoridad para mandar en nombre de Dios; en venerar y adorar tanto a Dios que manda por medio de aquel poder, que cuanto más obedecemos, más se llena de gracias nuestra alma. Y al crecer en obediencia, se eleva a una altura y armonía verdaderamente indescriptible.

Si alguien quiere ser grande, intente ser pequeño. Y pida a Nuestra Señora la gracia de conocer, intuir y valorar la santidad de Ella, tanto como sea posible a la debilidad humana. Los que evalúen, crecerán enormemente en santidad y así crecerán en humildad, porque no hay santidad sin humildad. Y si crecen en humildad, cuanto más tuvieren que obedecer, más encantados quedarán.

Así, para el alma humilde que le gusta obedecer, admirar y hacerse pequeña, el ideal en esta Tierra es hacerse esclava de Nuestra Señora. Pero en el sentido de considerarse a sus pies, literalmente, como un "pequeño gusanillo y miserable pecador", como dice San Luis Grignion. Porque el hombre comete pecados, aunque sean insignificantes y



Flávio Lourenço

Nuestra Señora "La Blanca"
Catedral de León, España

minúsculos, incluso cuando se trata de un gran Santo; y por eso, todo ser humano es un miserable pecador, un pequeño gusano de la tierra… Dios lo aplasta cuando quiere, le quita la vida cuando quiere, le da la salud o la enfermedad como le place. Estamos en la completa dependencia de Dios para todo cuanto Él quiera.

Pero ¡qué felicidad para nosotros pensar: es verdad, somos tan pequeños cerca de Él, que cuanto más reconocemos nuestra pequeñez, más nos unimos a Él y más nos coloca Él en su Sagrado Corazón!

Unión con la Santa Iglesia, militancia en el Cielo

Es amando cada vez más a Nuestro Señor Jesucristo en Nuestra Señora, amándolos a ambos en la Santa Iglesia, como nuestras almas van progresando y adquiriendo una dimensión de comprensión cada vez más profunda de cómo es la Iglesia.

De modo que en ciertos momentos tengamos la impresión de que nos hemos hecho uno con la Santa Iglesia; y que, surgiendo un problema, incluso antes de saber cómo ella lo resolvería, nosotros mismos lo adivinamos, por nuestra estrecha unión con ella, cuyo espíritu poseemos íntegramente.

Se entiende de esta manera que toda la unión con la Iglesia deba ser nuestro último y supremo ideal. Y lo que quiero tener presente ante todo es que, cuando muera, subiré para ser un miembro de la Iglesia gloriosa, pero gloriosa militantemente. Y que en el Cielo una de mis alegrías será luchar como luché en la Tierra.

Nosotros sabemos por la Teología, Cornelio a Lápide dice esto, que los demonios tienen algún conocimiento de lo que ocurre en el Cielo, pero un conocimiento lleno de odio, en el que no hay ni una pizca de admiración, sólo envidia o rebelión; y tienen odios especiales por ciertas cosas. Por ejemplo, ven en la vida celeste las almas que ellos quisieron perder y llevar al infierno y, viéndolas en aquella altísima felicidad jun-

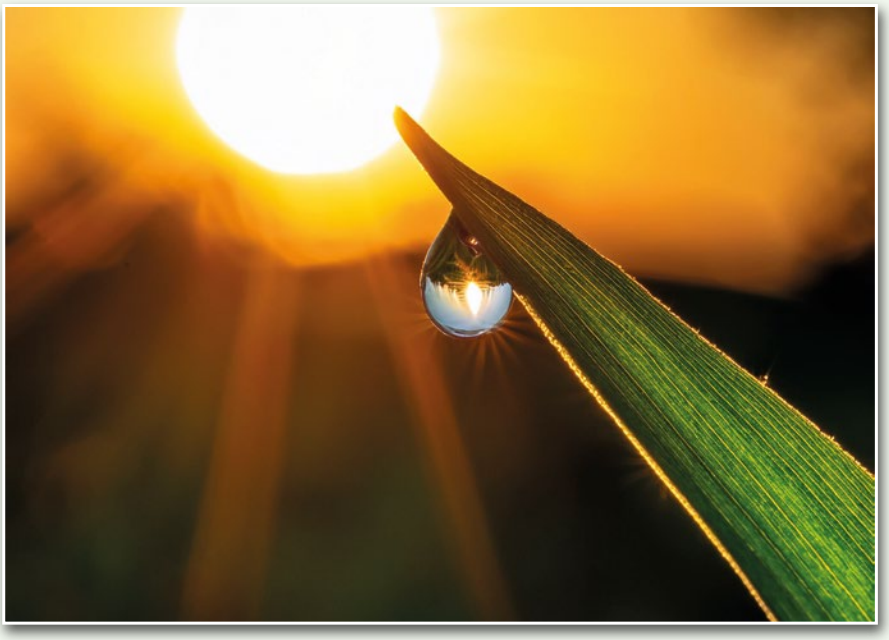


Image generated by AI using Adobe Firefly by AC, 2025

to al trono de Dios, ellos blasfeman e injurian. Y muchas veces los Bienaventurados les contestan y, al hacerlo, hieren su orgullo.

Y así hay una especie de continuidad de la militancia en el Cielo. Imaginemos cuando estamos cantando las glorias de Dios, de sus Ángeles y Santos por toda la eternidad y, de vez en cuando, en medio de nuestro cántico, podamos entrar en contienda contra el demonio, acción con la cual se llenan de alegría todos los ángeles que arrojaron a ese canalla al infierno. De manera que hay una asociación maravillosa de relaciones.

Pequeños y puros, como gotas de rocío

Finalmente, en este día de la Anunciación, pensemos en las glorias de la Santísima Virgen María. Hija del Padre Eterno Ella fue siempre; se convirtió en Madre del Verbo y Esposa del Espíritu Santo con la Encarnación.

María se elevó con esto a alturas inimaginables, desde las cuales mira y sigue la vida de cada uno de nosotros. Y que Dios le conceda perdonar las imperfecciones que existen en todos nosotros; que no los mire, sino solo para ejercer su misericordia, y que sonría al Divino Espíritu Santo, que sonría a Jesucristo Nuestro Señor y Padre Eterno, y diga a la Santísima Trinidad: "Ved, tened piedad y compasión de ellos, ayudadlos a ser enteramente aquello para lo que fueron creados, y en este punto sean fieles como verdaderos esclavos, haciendo enteramente mi voluntad, que es la vuestra, Trinidad Santísima. Y haced que estos esclavos fidelísimos sujeten a mi imperio al demonio rebelde".



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1995

He aquí las gracias que, en este 25 de marzo, a mi ver, debemos suplicar: rezar a Nuestra Señora para pedirle tal unión con la Santa Iglesia Católica, que seamos como Ella; no tanto cuanto Ella es, sino a la manera de Ella, como una gota de rocío que es como el sol, cuando sobre ella cae un rayo de sol.

La gota de rocío es linda, es pura, ella encanta; un rayo de sol que incide sobre ella la hace brillar entera. Pero ¿qué es la gota de rocío en relación con el Sol? La desproporción entre Nuestra Señora y cada uno de nosotros es mucho mayor que la que hay entre la gota de rocío y el Sol.

Pidamos que, a la manera de la gota de rocío, seamos humildes y pequeños, pero puros y fuertes, y que del entusiasmo de nuestra pureza y fuerza nazca un constante ataque contra los enemigos eternos de Dios. ❖

(Extraído de conferencia del 25/3/1995)

---

1) Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n .243. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 650.

2) Del latín: "La Carne de Cristo es la carne de María".



Archivo Revista

Esclavitud de Amor, la suprema libertad

La esclavitud de amor a Nuestra Señora es un acto de suprema libertad que debe suscitar en nosotros apetencia de todas las obediencias y ser fuente de inspiración de todas las gallardías, porque es sólo en la unión de pensamientos y vías con la Santísima Virgen que es posible alcanzar la plenitud de espíritu católico.

¿Qué viene a ser propiamente la Consagración a Nuestra Señora a título de esclavo? ¿Qué es lo que trae consigo, cuáles son sus elementos constitutivos y qué ideas deben poblar nuestro espíritu a ese respecto?

Verdadero significado de la esclavitud de amor

No hay mayor sujeción de una persona a otra que la esclavitud. En términos paganos, por lo tanto no católicos, en el derecho romano, el esclavo es un objeto inanimado, con el cual el "dueño" podría hacer lo que quisiese, inclusive quitarle la vida ¡Eso es contra el derecho natural, más aún, si se trata de un bautizado! Este es un ser vivo, redimido por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y consagrado por el Bautismo.

Sin embargo, aún entre los bautizados y tomando en consideración las limitaciones impuestas por el derecho natural, la esclavitud sigue siendo la mayor sujeción que una persona puede estar en relación con otra.

San Luis María Grignion de Montfort nos dice que la Consagración a Nuestra Señora, es a título de esclavo de amor. ¿Qué es esclavitud de amor? ¿Qué hace la palabra "amor" dentro de ella?

La palabra "amor" ha sido de tal manera profanada –inclusive en los libros de piedad, no en el sentido de corrupto, sino de sentimentalismo– que es necesaria una aclaración, para entender su significado en el contexto de la consagración.

En las Sagradas Escrituras, cuando Dios reprende al pueblo elegido por su falta de amor a Él, usa la siguiente fórmula: "Vuestros pensamientos no son los míos y vuestros caminos no son los míos" (cf. Is 55,8). Es decir, lo que piensas no es conforme a lo que Yo pienso y lo que haces no es conforme a lo que Yo quiero.

Entonces ¿qué es el amor? Lo contrario de eso. Es pensar, querer y hacer de un mismo modo que el amado. En último análisis, es lo siguiente: si poseemos una mentalidad enteramente ajustada a la ortodoxia católica, si tenemos la mentalidad de la Iglesia Católica, si queremos únicamente el triunfo de la Santa Iglesia y actuamos totalmente a favor de la Contra-Revolución, ese es el amor, en esta consagración.

Pensar, querer y hacer como Nuestra Señora

Ahora bien, antes que nada, la esclavitud a Nuestra Señora es una actitud de alma en que pensamos en todo como Ella piensa. ¿Y cuál es la mentalidad de Nuestra Señora? La Iglesia Católica nos la indica, una vez que Nuestra Señora y la Iglesia tienen una reversibilidad, en cierto sentido, completa.

En segundo lugar, querer todo cuanto Nuestra Señora quiere. Cuando queremos todo cuanto Ella quiere, nuestros horizontes se ven favorecidos por una amplitud mayor. Es verdad que Nuestra Señora desea la salvación de mi alma, pero no solamente esto. Ella también desea la salvación de todos los hombres, la gloria de la Iglesia y de su Hijo, ahora, *sicut erat in principio, et nunc et semper!* Ella no solo desea la gloria del pasado y la futura: Ella quiere la glorificación ahora, de su Hijo, de la Iglesia católica y de Ella misma. Nosotros también debemos querer la glorificación de Ella, ahora.

Si estoy enteramente unido a Nuestra Señora, no puedo limitar el horizonte de mi vida espiritual. Si quiero hacer de mi vida espiritual un neumático pinchado, que no vale nada, lo más eficaz es vivir de manera egoísta, preocupado únicamente con ella, limitando así mi horizonte espiritual: no sirve de nada, mi vida espiritual estará liquidada.

Una persona que se coloque en esa posición de esclavitud debe estar ratificando a cada momento su pensamiento para acertarlo con el de la Iglesia. Necesita expulsar de sí mismo la mentalidad revolucionaria, el espíritu mundano y tener solamente la mentalidad católica.

¿En qué sentido esto es un acto de esclavitud? Una persona quisiera hacer algo de determinada manera, pero termina haciendo lo que no quiere, porque quiere seguir la mentalidad de otra persona. Eso es un acto de verdadera sujeción, de verdadera humillación, la persona baja la cabeza y se somete a la autoridad que se ejerce sobre ella. Por cierto, es de las más internas y requintadas de las esclavitudes, donde el hombre sacrifica su idea propia, su propio modo de pensar, qué es el punto de partida de su operar y hacer.

Entonces se comprende verdaderamente que a esto se le llame esclavitud.

¿Esclavitud de amor?

¿Por qué se llama esclavitud de amor? Porque consiste en esa unión, que es uno de los elementos constitutivos del amor. Formalmente, la substancia de ella es un acto de amor, es por un acto de amor que nos esclavizamos a Ella. Eso es un modo de amar.

La voluntad. Con la voluntad, es más fácil percibir eso. Queremos a toda hora cosas que no deberíamos querer. Practicamos un acto de esclavitud queriendo lo que Ella quiere y no aquello que nosotros queremos. Exactamente, es lo propio del esclavo. Él no tiene voluntad propia. Le mandan a hacer alguna cosa que él no quiere, la ejecuta porque se lo mandaron.

Por lo tanto, se llama esclavitud de amor porque es hecha en unión y no por miedo de una amenaza, del uso de fuerza física en contra, ni opresión o aterrorizando, es realizada en uso de su libertad, como un acto libre. Podríamos hacer esto o aquello, a nuestra manera, pero preferimos por amor, hacerlo todo según Ella.

En este sentido, todo lo que hagamos en esta vida serán actos de esclavitud, porque Nuestra Señora quiere que hagamos las cosas a su modo. Queremos tal cosa y a nuestro modo, pero hacemos lo que Ella quiere y como quiere que lo hagamos. Es una acción de esclavo, hace lo que no quiere.

Una vez más, vuelvo a decir: todo esto se hace para realizar aquel ideal, la unión de pensamientos y caminos con Nuestra Señora, es un acto de amor. Esto es idéntico al amor, es un acto de amor a Ella. Tenemos entonces configurada la idea: esclavitud de amor.

En qué consiste la verdadera libertad

Hay sin embargo algo paradójico, un título más para que se ame verdaderamente esa esclavitud: *tibi servire regnare est* – ser rey es servirte y ser vuestro esclavo. La más alta libertad del ser humano consiste en ser esclavo de Nuestra Señora.

¿En qué sentido la anterior afirmación es verdadera? Consideremos la doctrina de la Iglesia con respecto a la libertad de los hombres, o sea, la del libre albedrío.

Todo ser humano conoce los principios básicos de la moral. Pero, tomando en cuenta la debilidad de la inteligencia, necesita del apoyo de otro para encontrar la totalidad de las reglas de la moral. Además, de-



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1991

bemos tener en cuenta que, en el supuesto que el hombre haya conocido todas las reglas del buen procedimiento, si no tiene el apoyo y el estímulo de alguien que lo controle y oriente, no será capaz de cumplir esas reglas morales que ha conocido.

Por lo tanto, si lo anterior lo aplicamos a la práctica de la Ley de Dios, a la práctica de las virtudes a la que estamos todos llamados, la relación de unos a otros está sujeta a esta dependencia, en cuanto al pensar y al actuar.

La Doctrina Católica enseña que la libertad verdadera para el hombre, consiste en que, habiendo conocido el bien, lo practique. ¿Qué disminuye o elimina esa libertad? La existencia en la persona de una apetencia desordenada que genera dificultades para hacer lo que la razón le indica y termina esclavizada, generalmente a un vicio.

Por tanto tenemos que la libertad no es únicamente, la facultad de escoger entre el bien y el mal indistintamente, es sobretodo escoger hacer el bien. Por ejemplo, una criatura ve a otra llorar, por hambre, porque no tiene que comer, mientras que a ella le sobra comida. Normalmente, esa primera criatura tomaría la decisión de compartir su comida con la otra criatura que llora de hambre. Su libertad en esa circunstancia consistirá en atender el movimiento de alma recto, que se ha despertado en su ser, en su naturaleza y, haciendo esto, ella será libre.

Otro ejemplo, una persona que se entera que va a ser declarada una Cruzada y tiene un primer movimiento de alma: ¡Vamos a Tierra Santa a defender el Santo Sepulcro de Cristo! La libertad de este hombre consiste efectivamente en ir a esa Cruzada, siendo fiel a ese movimiento noble de alma suscitado por la naturaleza y la gracia. Si surge el miedo y consiente en él, éste le coarta la libertad y disminuye la posibilidad de ir a la Guerra Santa; también en el caso de las criaturas, idéntico, si la que tiene decide no dar nada a la otra, algo ha viciado su libertad.

La Revolución propone y sumerge las almas, en el concepto opuesto al que enseña la doctrina de la Iglesia Católica.

Los ángeles del cielo no tienen ningún impulso hacia el mal, viven plenamente su libertad.

Nadie es más libre que Nuestra Señora. ¿En qué consiste su libertad? ¿La de quedar vacilando entre la pureza y la impureza? Como hipótesis, sería una blasfemia. Exactamente lo contrario, el impulso inocente a la pureza, en Ella alcanza su máxima plenitud, sin obstáculo ninguno, sin vacilación. Es esa es su libertad.

En último análisis, si la libertad fuese la posibilidad de pecar y pecáramos, según esto, Dios no sería libre, porque Él no puede pecar. Conclusión, la esencia de la libertad es la posibilidad de hacer lo que la razón indica desde sus elementos primarios, de noble, bueno, inocente, verdadero.

Otras cosas o lo que resta no es libertad.



Flávio Lourenço

Cuando Dios nos somete a prueba, en nada obstaculiza nuestra libertad…la perfecciona

Al Dios permitir que los ángeles, Adán y Eva y nosotros fuéramos tenta-

dos, no nos quitó la libertad, podíamos practicar el bien. Él permitió que hubiera obstrucciones y trabas a la libertad, para que, superando la prueba, se superase a sí misma, reafirmándose superando el obstáculo. Lo que Él quería era someter a una prueba su amor.

Más o menos como en una carrera de caballos con obstáculos, estos no están ahí para impedir que el caballo llegue a la meta, sino para enfrentar el obstáculo y superarlo, vencer el miedo y el riesgo de romperse una pata, llegando a la meta meritoriamente y poder considerar esto para el caballo un logro excelente.

Otro ejemplo sería el de alguien con una pierna que no le funciona bien. No es del todo paralítico, haciendo un esfuerzo, anda y llega donde quiere. Su mérito, al caminar con esas dificultades, será mayor en relación con el que camina sin ningún impedimento. Entonces, la libertad de andar de algún modo es cercenada, disminuida, por el defecto en la pierna, pero esa libertad es reafirmada victoriosamente al andar a pesar de la limitación.

Por lo tanto, la prueba no cercena la libertad: le coloca una traba con posibilidad de ser superada por la persona, por el uso superlativo de su propia libertad.

En la obediencia se encuentra la fina punta del ejercicio de la libertad

Primero, la libertad para mí consiste en que los buenos movimientos que brotan de mí, bien sea por la acción de la naturaleza o de la gracia, lleguen a su término final. Segundo, esos movimientos surgen siempre de acuerdo con los Mandamientos. Por lo tanto, cuando obedezco a esos Mandamientos, ejerzo mi libertad. En esta perspectiva, la plenitud de la libertad es idéntica a obedecer.

Me doy cuenta que soy concebido en el pecado original y que este afecta mi libertad. Conozco lo suficiente con respecto al bien como para darme cuenta que es más amplio de lo que puede abarcar mi mentalidad; veo, pero no es la totalidad, entonces veo y no veo. Por lo tanto, debo apoyarme en quién sí ve. Siendo así, mi libertad consistirá en procurar al que ve y pedirle que me lleve, me esclarezca para andar.



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1991

Tendré que conformar mi modo de ver al del que me explica, que me persuade, que considero que ve más que yo, debo seguirlo aún sin comprender, lo obedezco. En el fondo, estoy ejerciendo mi libertad, porque sigo el camino que además debo querer, una vez que ha de llevar a buen término los movimientos buenos que habían surgido en mi alma.

Hay otro modo de libertad: cuando varios quieren hacer una obra, está en la naturaleza de las cosas que haya uno que mande, porque de lo contrario la obra no se hace. Esto es así inclusive sin pecado original, la mayoría de los teólogos aceptan esto. Por lo tanto se piensa que si Adán y Eva no hubiesen pecado, habrían existido gobiernos, estados, naciones, una organización social incomparablemente superior a las existentes, siempre con una autoridad, que vea más o vea menos, pero necesaria para establecer un orden, razón suficiente para que yo haga lo que la autoridad mande. Por esto, la Doctrina Católica de manera continua ha enseñado que obedecer es la fina punta de la libertad. O sea, la dignidad del hombre no está en desobedecer como lo grita la Revolución, sino en obedecer a quien se debe obedecer.

El Éremo es un "refugium libertatis"

Con lo anterior, es más fácil considerar el valor de la Regla de un *éremo*. Este no puede vivir sin Regla. Si un individuo entra, está aceptando un amparo como es la Regla para ejercer su libertad plenamente, para vencer la traba que las pasiones mala oponen al ejercicio de su libertad. Un éremo podría ser llamado *refugium libertatis*: un lugar donde las personas viven, entre otras cosas, para asegurar la libertad contra los movimientos desordenados que le impedirían de ser plenamente libre. Un eremita es más libre que un no eremita, el eremita que cumple una Regla es más libre que aquél que no cumple ninguna. Esta es la visión católica de las cosas.

Por eso, frases como esta: "Sor Fulana, al entrar al Convento de la Inmaculada Concepción, rompió los

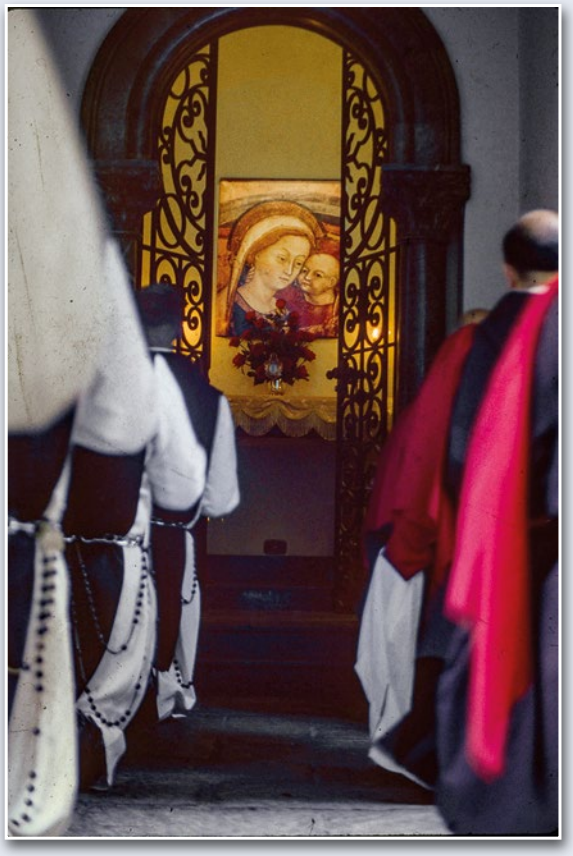
vínculos del siglo, se liberó de las cadenas del mundo y recibió la libertad de los hijos de Dios", o esta otra: "Se liberaron de los grilletes del siglo y entraron en la libertad eterna del cielo": expresan una verdad muy profunda, pues, de hecho, pecar en el cielo no es posible y por lo tanto la falsa libertad de pecar, desaparece. En el cielo, se goza la plena libertad y es la tierra un degredo [lugar de convalecencia para enfermos contagiosos], un "valle de lágrimas", como se hace referencia en la Salve. Lo dicho, es lo más delicado y fino que encontramos dentro de la Doctrina Católica, como lo es la leche materna para el bebé.

Estas consideraciones nos llevan a comprender que al realizar una mala acción que nos impide llevar a buen término el movimiento natural bueno que habíamos tenido, el auténtico sentimiento de nuestra dignidad quede muy herido, porque hemos ido contra nuestra verdadera libertad. Por el contrario, nos sentimos muy reconfortados cuando actuamos en favor de nuestra libertad y llevamos hasta el final el buen movimiento natural que habíamos tenido.

Aquel dicho admirable de Santa Teresita del Niño Jesús: "Soy demasiado débil para no darlo todo", equivale a decir: siento un tal peso de mis pasiones que, para conservar plenamente mi libertad, no puedo tener ningún grillete, me entrego totalmente a Dios, porque para mí, todo lo que no es Dios es un grillete; por encima de todo, mi deseo es guardar mi libertad permaneciendo en la verdad, pensando en ella y haciendo el bien. Es la única libertad posible, la única que existe, lo demás es otra cosa, pero no es libertad.

Cuando practicamos la virtud, y esto es un dato confirmado, si pasamos por una experiencia revolucionaria, que es el sentir que, al usar mi libertad, negándome a hacer el mal, estoy disminuyendo algo en mí, estoy cortando algo en mí, pues quería hacer algo y…no puedo, esta vivencia mala, es precisamente lo que deforma la mentalidad de la persona y disminuye la fuerza para practicar la virtud. La persona virtuosa debe tener conciencia de lo contrario: "Ahora es que estoy siendo libre, voy rumbo a alcanzar mi plenitud, porque me liberé de los grilletes que me sujetaban. Logré rechazar cosas que me apresaban y atormentaban". Cuando me rehúso a esto o aquello y opto por la virtud, debo sentirme más glorificado, más dignificado, más plenamente bautizado, más plenamente hijo de Dios, porque procedí correctamente.

Archivo Revista



Oratorio de Nuestra Señora del Buen Consejo, en el Éremo de São Bento

Yo pasé la Semana Santa en el *Éremo* de São Bento. Se encontraban eremitas de otros dos *éremos*: de "Praesto Sum" y "Nuestra Señora de la Luz Profética". En cierto momento entré en la biblioteca y observé eremitas de los diversos éremos, a pleno día, sentados: cada uno haciendo su lectura, atentos a lo que leían, tan calmados y tranquilos; como los conocía de antes y sabía del constante ajetreo que llevaban, la primera impresión que tuve fue: ¡Qué libertad! Ellos frecuentan estos espacios tan espirituales, sus almas tan desprendidas de todo, parece que revolotearan por esos lugares como si tuvieran alas. Esa es exactamente la realidad que debemos vivir, esa es la libertad de la cual debemos gozar.

Oposición entre el concepto católico de obediencia y el concepto mundano

Es bien verdad que lo anterior no es esa la única razón por la cual debemos obedecer a Dios. Debemos obedecerle, no solamente porque procediendo así encontraremos nuestra libertad. Él es infinitamente más que nosotros, Él tiene derecho sobre nosotros, nos manda y nuestra obediencia es un holocausto ofrecido por amor a Él. Esto es otro orden de ideas, sacro, indispensable, pero no voy a tratarlo ahora, porque respecto a eso no tenemos dificultad. Estoy tratando de un aspecto del problema de la libertad, en donde encontramos dificultades vivenciales creadas por la Revolución.

El concepto común y corriente en los ambientes mundanos es éste: toda ley, toda autoridad es una limitación para la libertad del hombre. Libres, serían aquellos que van trepando de tal manera, que consiguen irse liberando de las leyes y la autoridad, mandando en vez de ser mandados. Llega al ápice de la libertad quien consigue mandar

en todos y nadie lo manda. Recibir un consejo es degradante, pues cada uno debe resolver todo por sí mismo. Recurrir al apoyo de otro para practicar la virtud, es considerado por los mundanos una humillación, porque la persona debe encontrar únicamente en sí los recursos necesarios para practicar la virtud. Aceptar hacer la voluntad de otro, que uno mande a otro, es colocar un hombre por encima del otro y constituye un acto degradante de la naturaleza humana.

La Iglesia Católica instituyó en la Edad Media la civilización de la obediencia, en la cual toda la escala social, de arriba abajo, era hecha de sumisiones entrelazadas, cuya misión era la de unos ayudar a los otros en la práctica plena de la libertad. La fórmula libertad-obediencia era medieval. La Revolución Francesa proclamó lo contrario: todos los hombres son completamente iguales y toda desigualdad importa en una superioridad y, por lo tanto, en la limitación de la libertad.

¿En qué se tornó la obediencia más pesada para nosotros de lo que lo era para el hombre medieval? Él tenía dificultad para obedecer, pero estaba seguro de que debía obedecer. Nosotros tenemos dificultad para obedecer y estamos seguros de que no debemos obedecer. Por eso la obediencia para nosotros es más pesada.

La Santa Iglesia elaboró la civilización de la obediencia en la Edad Media, pero con la idea de que la verdadera libertad está en la obediencia. La Revolución Francesa elaboró la civilización de la desobediencia, llevada por la idea de que la desobediencia es la verdadera libertad. Ahora bien, para nosotros la desobediencia es lo contrario de la libertad, es la sujeción a todos los impulsos que impiden el desarrollo de nuestro buen movimiento hasta su término normal. Este es el principio.

De ahí resultan dos consecuencias: una es que la obediencia, si es bien comprendida por el católico, debe hacerlo ufano y varonil, no con el cuello torcido y endeble. Segunda consecuencia: el hombre, cuanto más obedece, más se siente dignificado, desde que sea una obediencia que tenga propósito, que sea razonable, sapiencial. O sea, obedeciendo a las autoridades competentes, en los modos y en las formas adecuadas, él se dignifica.

Nosotros debemos ser sedientos de obedecer, fáciles, ágiles al obedecer. Y en aquello que yo veo que necesito del auxilio de otro, debo pedir con igual normalidad. Es el movimiento propio, adecuado, que corresponde al orden natural de las cosas. Es como la persona debe ser.

El alma católica es una mezcla maravillosa de humildad y altivez

Bien se comprende cómo puede haber en aquellas almas tan obedientes de la Edad media tanta altivez. Tomemos a un guerrero de aquellos que iban a la Guerra Santa, varón a más no poder. Si aquellos no fueron varones, entonces no habrá varones sobre la Tierra. Aquellos hombres, los nobles, sobre todo, cuando pequeños, eran llevados lejos de la casa de sus padres, mandados a servir en la casa de otro señor feudal como paje: servían comida, servían todo. Ellos, con otro señor feudal, aprendían a guerrear, a gobernar, aprendían toda aquella vida dura del señor feudal. Aprendían a mandar obedeciendo. Vean el concepto superior de libertad que hay en eso.

Cuando habían madurado, la primera acción era un acto de vasallaje al señor feudal superior: era buscarlo, arrodillarse ante él, poner sus manos entre las manos del señor feudal superior, gesto que la Iglesia conservaba hasta hace poco tiempo y es señal de entrega de la libertad. Entonces, le prometía obediencia, se hacía su vasallo, encajando su destino en el del otro, para ir juntos a la realización de las proezas de la vida. Van a mandar o a obedecer la vida entera y para ellos eso era lo normal. ¡Qué hombres altivos, combativos, corajudos!



Flavio Lourenço

Jesús, indicando el camino a los cruzados – Iglesia de Santa Ségolène, Metz

¡Qué alto sentido de dignidad! ¿Por qué? Porque se trataba de un concepto de dignidad que era un río que corría cristalino, transparente, magnífico, dentro del canal de la obediencia. Esa era la civilización medieval, la civilización de la obediencia.

De ahí también resultaba aquel hecho tan extraordinario narrado por Montalambert,[4] de un árabe mahometano viajando por Europa y preso bajo palabra. Él podía viajar, pero no podía salir de los límites del reino. Era un hombre rico, mandaba a traer dinero y viajaba. Él vio aquellas catedrales y preguntó: "¿Quién construyó esta catedral?" Le mostraron a los hermanos legos. Él comentó: "Pero, ¿cómo hombres tan humildes pueden construir monumentos tan altivos?"

Justamente esa maravillosa mezcla de humildad y altivez es el alma católica, y es lo que me gustaría que mis hijos, sobre todo mis hijos eremitas, tuviesen. Eso expresa enteramente mi ideal.

En esa perspectiva, la esclavitud de amor a Nuestra Señora es un acto de suprema libertad, que nos debe dar apetencia de todas las obediencias y ser la fuente de inspiración de todas las altiveces, lo cual es justa y completamente lo contrario de la arrogancia, de la soberbia y de la cobardía de los revolucionarios.

Es mandar como un ángel manda. Él manda en nombre de Dios. Cuántos decretos de la Santa Sede comienzan invocando el nombre de Dios.

Jorge V[5] reinó durante el tiempo de Hitler, Mussolini y Stalin. Era protestante, pero en este punto perpetuaba una tradición católica: todas las noches, cuando no tenía recepción en el palacio, las pasaba en una sala con la reina, en la intimidad. A cierta hora, entraba el secretario y prendía un gramófono que tocaba el *God save the King*.[6] La reina se levantaba y se ponía en actitud de oración, y el rey se colocaba en una actitud de continencia hasta acabar el himno. Terminada la *soirée*, ellos iban a dormir.

André Malraux[7] comenta lo siguiente: Ese hombre, al tomar una actitud de continencia ante un himno cuyo objeto es él mismo, reconoce que él no es sino un objeto secundario de ese himno y que hay una autoridad más alta que él, que pasa a través de él, de la cual él mismo es el sujeto. Ese acto supremo de obediencia de ese hombre a esa autoridad indica que, a pesar de ser un rey, cercado de un protocolo real más coruscante, más noble que el de Hitler o el de Mussolini, el verdadero humilde es él. Porque, cuando el individuo habla en nombre de la verdad y del bien, habla por obediencia. Solo el hablar por obediencia hace pasar por él toda la majestad de Dios y queda como un ángel irresistible.



Emery Walker (CC3.0)

El Rey Jorge V y la Reina María con sus trajes de coronación

La obediencia ayuda a solucionar el problema de los nervios y de la práctica de la pureza

Estoy seguro de que prepararán enormemente sus almas para la Consagración a Nuestra Señora, aquellos que le pidan a Ella que les dé esa comprensión y ese amor a la obediencia, vista como lo más genuino de la libertad y de la dignidad, y así se dispongan a ser piedras vivas de la civilización de la obediencia.



Flavio Lourenço

Consagración en la Iglesia de San Marcial – Museo de Angoulême, Francia

Porque, si la Edad Media fue la civilización de la obediencia, el Reino de María, que va a ser la Edad Media multiplicada por la Edad Media, tiene que ser aún mucho más la civilización de la obediencia.

Si tienen esa disposición de alma, encontrarán la solución, no digo automática, pero, por vía de repercusión, al menos parcela de la solución, para dos problemas que preocupan enormemente a varias personas, algunas de las cuales pueden tener la impresión de que son problemas sin solución. Uno es el problema de los nervios, otro es el de la pureza.

Como el hombre fue hecho para encajarse en una estructura de obediencia, fuera de esa estructura queda como un miembro fuera del organismo, un ciudadano de las "ciudades libres" de la Revolución, obligado a resolver solo todos sus problemas y decidir en su aislamiento su destino, cargando el peso de una falsa libertad que arrasa con los nervios de cualquiera.

Una vez, un líder monarquista francés recibió una acusación por lo siguiente: él había formado una especie de ministerio, no para gobernar a Francia, sino para ayudarlo a seguir la política de la *Action Française*, una especie de corte que correspondía a un ministerio.

Entonces comenzaron a burlarse de él, diciendo que jugaba al rey con los súbditos. Él dijo: "No, yo no juego al rey, yo juego al elector. ¿Ustedes piensan que yo soy rey? Todo elector es rey, ustedes convocan una elección para que el individuo se pronuncie con respecto a todos esos asuntos. Yo confieso que soy más burro que el común de los electores, porque no sé resolver esos asuntos sin especialistas. Los electores saben y yo no sé. Entonces constituí un cuerpo de especialistas para resolver, para ayudarme a ejercer la realeza que ustedes pusieron en manos de cualquier hombre menudo que anda por la calle".

Por detrás de esa respuesta él puso en evidencia un hecho: el de que un hombre desvinculado de todo el mundo, totalmente independiente, carga un peso que nadie puede cargar. Es un pobrecillo. Eso contribuye mucho para la neuropatía progresiva de las generaciones. De donde aquella calma medieval y la gran agitación moderna.

En el mundo moderno, cada persona tiene que resolver sola todos los problemas de su propia vida, bajo pena de sentirse humillada delante de sí misma. Además, los otros no quieren resolver los problemas de la vida de ella, porque ella es un rival. ¿Quién quiere resolver el problema de otro? Deje que el otro se atasque, para ver si gana la carrera… Resultado: cada uno carga ese peso tremendo, el peso de su propio yo.

Por el contrario, en una civilización de la obediencia o en una vida toda ella jerárquica, de esa jerarquía altiva de la cual hablé, la confianza mutua encanta, los nervios se serenan, cada uno se encaja en el otro, la realidad queda completamente otra.

Por otro lado, el hombre habituado a obedecer tiene una paz de alma que disminuye los impulsos de la sensualidad. Quien no está habituado a obedecer no tiene esa paz de alma. Una prueba experimental de eso está en lo siguiente: los más disolutos son siempre los menos obedientes. Eso va



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1991

desde las bancas del colegio hasta los prostíbulos de los hombres adultos.

Tomen una procesión de los buenos tiempos, con un millón de católicos desfilando. Cincuenta hombres bastaban para mantener el orden. Si se va a ver, es el nivel de gente más casta de la población.

Se hace un baile de carnaval con dos mil personas presentes, necesitan por lo menos de unos ciento cincuenta policías armados. ¿Por qué? Porque está suelta la sensualidad. Es decir, cuanto más sensual, más desobediente. Luego, cuanto más obediente, menos sensual.

Para tener paz de alma, ser hijo de la civilización de la obediencia

Cuántos problemas se resolverían admirablemente si las personas se acercaran a Nuestra Señora y dijeran:

"Madre mía, haced de mi alma una de esas almas flexibles a Vos e inflexibles en relación con satanás. Flexibles a Vos de manera que todo cuanto me manden, que esté en esta concepción de la obediencia, yo lo haga con la alegría y la dignidad de quien ejerce su libertad. Que todo cuanto quieran obligarme a hacer o a pensar contrario a esta línea y a este orden, yo reaccione con la indignación de quien defiende su propia libertad. ¡Y sobre todo que os defienda, oh Madre mía, porque sois mi libertad! Vuestro Hijo es el Camino, la Verdad y la Vida, y Vos sois para mí el camino hacia el Camino, la verdad que conduce a la Verdad, y la Madre que dio origen a Aquel que es la Vida".

Esto dicho en el acto de Consagración como esclavo de Nuestra Señora prepara mucho el alma para la autenticidad de ese acto.

El otro día yo estaba leyendo una ficha que hablaba de la convocación de la Primera Cruzada hecha por el Bienaventurado Urbano II. El Papa comenzó por proclamar la paz de Dios y la guerra de Dios, al mismo tiempo. La paz de Dios dentro de la Cristiandad: prohibidas todas las guerras, prohibidas todas las rivalidades, las personas de los cruzados protegidas, todos los procesos judiciales entablados contra ellos, suspendidos. Las esposas, los hijos, los padres ancianos de los cruzados, los bienes de todos ellos, colocados bajo la protección especial de la Santa Sede. Era la paz de la Cristiandad para poder hacer la guerra fuera de la Cristiandad. Entonces, la paz de Dios junto con la guerra de Dios.

Cómo me gustaría, a los pies de Nuestra Señora, proclamar una Cruzada, con la paz de Dios, con la paz del Reino de María entre nosotros y la guerra de María fuera de nosotros. ¡Comenzando por la guerra contra el demonio y, a seguir, por la guerra contra todas las formas de Revolución, inclusive dentro de nosotros!

Cuando vemos los *gisants* [escultura funeraria] de la Edad Media, aquellos guerreros que yacen recostados, muchas veces al lado de la respectiva esposa y durmiendo… ¡Aquellas figuras tienen una paz, una tranquilidad! Están armados desde los pies hasta la cabeza. Son guerreros representados con su propia armadura, muchas veces sobre su propia sepultura. Su armadura y sus trazos hablan de guerra, pero los ojos cerrados hablan de paz. Son almas que poseían paz dentro de la guerra.

¡Cómo yo quisiera esa paz de Dios en las almas llamadas a trabar las guerras de Dios!

El modo en que conseguimos eso es siendo hijos de la civilización de la obediencia y, por lo tanto, de la civilización de la libertad. ❖

(Extraído de conferencia del 26/4/1973)

---

1) *Éremos*: Casas de la obra del Dr. Plinio donde se llevaba una especial vida de recogimiento, a la manera monacal, comunitaria.

2) *Éremo* de Præsto Sum, situado en una espaciosa hacienda en el Barrio Santana, en São Paulo.

3) *Éremo* localizado en la ciudad de Curitiba.

4) Charles Forbes René de Tryon, conde de Montalambert (*1810 - †1870).

5) George Frederick Ernest Albert (*1865 - †1936). Rey del Reino Unido de 1910 a 1936.

6) Himno nacional británico que comienza con el saludo: "Dios salve al Rey".

7) Escritor francés (*1901 - †1976).

Belleza y esplendor de la consagración a Nuestra Señora

La Sagrada Esclavitud a Nuestra Señora, según el método de San Luis Grignion de Montfort, implica una especie de intimidad con la Santísima Virgen en la que Ella acepta benignamente el modo de ser de cada uno de los que a Ella se consagran. Nada está estandarizado. Esto revela la belleza de su obra, dándose a conocer de manera íntima y diversa, según cada alma.

Mis queridos amigos, los saludo a todos con un muy especial afecto en esta hermosa noche, de tanto significado para nuestras vidas.

Magnífica ceremonia de consagración

Participamos en una linda ceremonia. Vimos la imagen de Nuestra Señora del Buen Suceso entrar triunfalmente en este auditorio, precedida y seguida por eremitas de São Bento y de Præsto Sum.

Ceremonia en la que, de manera verdaderamente magnífica, los jóvenes que acababan de consagrarse a Nuestra Señora evolucionaron sobre este espacio abierto, manifestando de diversas maneras, no sólo a través de sus cantos, no sólo a través de su acti-



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante la ceremonia de Consagración a Nuestra Señora, en 1985

tud, sino también a través de toda la ceremonia que se desarrolló, su entusiasmo. Se recitó el Oficio y hace un momento se cantó el *Magnificat*, para agradecer a la Santísima Virgen el acto de benevolencia que mostró en el momento en que ustedes ratificaron y aceptaron la consagración como sus esclavos, para siempre.

Las luces de colores en el techo provocaron exclamaciones de alegría, la música era magnífica, el canto era excelente; todo fue óptimo.

Sin embargo, cuando el católico considera estas cosas a la luz de la fe, ¡cuánto más hermosas son! ¡Cuánto más bella es la vida, cuánto más bellos son los espacios que se abren ante la mente del católico cuando sabe considerar, a la luz de la Fe, los objetos que ve con la mera luz eléctrica o con la luz del día!

El significado de este acto de consagración, tan bien simbolizado, se beneficiará aún más si se define con bastante exactitud en esta noche.

Un acto bello, revestido de realidades sobrenaturales

¿Qué pasó aquí?

En la apariencia fue eso: alguien con buena disposición, verdaderamente devoto de Nuestra Señora, dio una exposición sobre lo que era la devoción a Ella según el método de San Luis María Grignion de Montfort, uno de los más grandes santos marianos de todos los tiempos. Jóvenes, venidos de más de un país, de más de un rincón del Brasil, aceptaron esta exposición, en un acto de confianza en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, ya que fue dicho y confirmado en el Tratado de la Verdadera Devoción, que esta doctrina es aprobada por la Santa Iglesia.

Además, de la exposición se ha podido inferir que ésta es la actitud razonable, la posición verdadera, enteramente coherente, que el católico toma con lo que la Iglesia le enseña respecto a la devoción a María. Llevando esta devoción hasta sus últimas consecuencias, el hombre entrega a Nuestra Señora "su alma y su cuerpo, sus bienes interiores y exteriores", para que Ella disponga de cada uno como mejor le parezca. María Santísima se hace Señora de cuantos se han consagrado a Ella, dirigiéndolos uno a uno, a lo largo de su vida, en el tiempo y en la eternidad.

¡Qué bello fue todo esto realizado en la Tierra! ¡Cuánto más bello es esto si prestamos atención a las realidades sobrenaturales que allí hay!

Cuando se ve a un joven, vivo, dispuesto, caminando por la vida, con fuerza, energía, énfasis y resolución, se piensa: "¡Qué linda es la vida!". Pero la fe nos enseña que ésta es la vida que Dios ha dado a cada hombre. Él creó la primera pareja, Adán y Eva, ellos se multiplicaron llenando la Tierra; esta vida se transmite de padre a hijo. Pero en el primer momento de la concepción, Dios infunde un alma espiritual, inmortal, hecha a su imagen y semejanza. Primera maravilla.

Segunda maravilla: el hombre es un compendio, un resumen de todo lo que existe en la Creación, es el rey de la Creación visible. Y cuando un niño nace y poco después, como suele ocurrir en los países católicos, es llevado al Bautismo, entonces se añade otra vida misteriosa a la que el hombre ya tenía dentro de sí.


Samuel Holanda

Nacimiento de la Virgen María - Museo del Louvre, París

Si Nuestra Señora es, como sabemos que es, la Madre de Dios; si a Ella debemos el sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, engendrado en su purísimo seno; si en este cuerpo Dios infundió el alma humana de Nuestro Señor Jesucristo y, por la unión hipostática, lo unió a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y Ella le amó con todo el amor que podemos imaginar, esto quiere decir, nadie tuvo jamás Hijo tan perfecto como Ella; nadie ha tenido jamás un Hijo tan digno de ser amado como Ella.

¡Este Hijo no era solamente su Hijo, sino que era su Dios! ¡Sublime paradoja! ¡Él, que era su Hijo, la creó antes de todos los siglos! O, dicho de otro mo-



Flávio Lourenço

Flávio Lourenço

Izquierda, Anunciación - Museo del Palacio Barberini, Roma. A la derecha, el encuentro de Nuestro Señor con la Santísima Virgen María, camino del Calvario - Catedral de Notre-Dame, Amberes, Bélgica

do, Él la destinó, antes de todos los siglos, a ser creada en el momento exacto en que San Joaquín y Santa Ana la trajeron a la vida.

Si esto es así, Ella adoró, en el sentido propio y exacto de la palabra, a su Divino Hijo Nuestro Señor Jesucristo, océano infinito de todas las perfecciones, resucitado y sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, esperando el momento de descender a la Tierra y proclamar el fin del mundo y el juicio de los hombres, y llevar al Cielo a todos los que Él ha elegido.

Dos invitaciones recibidas por Nuestra Señora

Adán y Eva pecaron. Alguien tuvo que pagar por su pecado. Y Nuestro Señor Jesucristo se entregó a la muerte por designio del Padre Eterno para redimir al género humano.

Sin embargo, el Padre Eterno no habría aceptado esta entrega si, después de consultar a Nuestra Señora, Ella no hubiera dicho que estaba de acuerdo. Éstas son las dos invitaciones que Ella recibió: la primera, ser Madre de Dios, a la que Ella dijo "¡Sí!"; e inmediatamente después el Divino Espíritu Santo engendró en Ella a Nuestro Señor Jesucristo. ¡Podemos imaginar cómo lo adoró, cómo lo amó!

De Ella, a quien Dios dio tanto –¿qué más puede dar Dios mismo, que lo tiene todo, a una persona, que la condición de Madre de Jesucristo?–, Él le pidió también algo que va más allá de toda reflexión y de todo límite: ¡el Hijo que le había dado!

Por eso, la otra invitación que recibió fue la de aceptar que ese Hijo a quien adoraba fuera entregado a la muerte por miserables verdugos, por el bien del género humano. Y Ella sabía que si decía "no", esto no sucedería. La raza humana no sería redimida… La Santa Iglesia Católica no existiría, no nos conoceríamos… ¡Todo esto no sería nada! Todo existe porque Ella dijo: "Estoy de acuerdo. ¡Maten a mi Hijo!". Y en el dolor, lo acompañó hasta la cima del Calvario.

Incomparable acto de amor

Y, como sabemos, todos huyeron, todos lo abandonaron, ¡menos Ella! ¡Ella estaba de pie! San Juan Evangelista, que en su momento de debilidad en el Huerto de los Olivos también había huido, había regresado. Y antes de morir, Nuestro Señor pudo decir a la Virgen: "Madre, ahí tienes a tu hijo" (cf. Jn 19,26). Y a Él: "Hijo, ahí tienes a tu Madre" (cf. Jn 19,27).

En el momento en que, con dolor indecible, en la cima del Gólgota, Nuestro Señor expiró; en el momen-

Archivo Revista



El Dr. Plinio con algunos discípulos, en 1991

to en que dijo: "*Eli, Eli, lamma sabactani?* – ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?". (Mt 27, 46), y luego, inclinando la cabeza, dijo: "¡Todo está consumado!" (Jn 19, 30) Él expiró, murió por nuestro amor, obtuvo de Dios el perdón por el pecado cometido por Adán y Eva. Él nos rescató del pecado original y nos abrió las puertas del Cielo. En aquella trágica y terrible ocasión, Él nos obtuvo un don maravilloso: la gracia.

Ahí, el sacrificio de Nuestra Señora llegó a su máximo, porque vio a su Hijo, que era el Autor de la vida, ¡muerto! Y Ella tenía en mente en el momento de este sacrificio a todos los hombres, pero individualmente pensó en mí, Plinio, y en cada uno de los que aquí estamos. Y Ella habría aceptado ese sacrificio aunque fuera por la salvación de uno solo de nosotros.

Ante tanto amor, ante tanta bondad, ¿hay algo más razonable que "pagarle" entregándole nuestra vida entera? Nos parece extraordinario que le entreguemos nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestros bienes interiores y exteriores. ¡Ella dio a su Hijo por nosotros! ¿Qué somos en comparación con esto? El regalo que damos: nuestras personas… ¡No hay comparación!

Si uno tomara la hormiga más pequeña y la comparara con todo el universo, la distancia sería menor que la que hay entre el hombre más grande que jamás fue, es y será, y Nuestro Señor Jesucristo. Porque Él, como Dios-Hombre, se sitúa infinitamente por encima de todas las criaturas. ¡Éste fue el que Ella nos dio! ¿Nos entregamos y creemos dar mucho?

En esta noche se realizó un acto de agradecimiento, un acto de amor.

El papel de la gracia

Hubo más. Cuando oyeron hablar por primera vez de la devoción a Nuestra Señora, de la escuela de espiritualidad de San Luis María Grignion de Montfort, juzgaron que estaba pasando algo natural.

La Doctrina Católica nos enseña que ningún hombre es capaz de ningún acto basado en la fe, sin la ayuda de la gracia. Es por causa de este auxilio que creemos, amamos. Y para cada paso que damos en la fe y en el amor de Dios, la gracia nos antecede y nos da el conocimiento y la voluntad para darlo. Esto sucede en nuestras almas sin que nos demos cuenta.

¡Qué bello es ver a mis hijos que están aquí y que acaban de consagrarse a Nuestra Señora! ¡Cuántas dificultades tuvieron para llegar a dar este paso! ¿Cómo llegaron hasta aquí? Fue la gracia la que les hizo encontrarse con otros "enjolras" que les invitaron a este acto.

¿Cómo fue eso? ¿Quién los llevó a aproximarse a un joven que posiblemente se les acercó en la calle, los invitó a ir a la sede, cómo fue? Cada persona debería intentar recordar cómo fue el primer contacto, la primera conversación. En ese momento sólo vieron a un joven de su misma edad que les hablaba. Pero, en realidad, el Ángel de la Guarda se cernía sobre cada uno y les ayudaba en lo más profundo de su alma a recibir las palabras de aquel "apóstol".

Les gustó, aceptaron la invitación, fueron por primera vez a la sede, les pareció interesante, les gustó el ambiente, volvieron a casa emocionados, con añoranza… "¿Cuándo llegará el próximo domingo?" Creían que extrañaban a los amigos. ¡No! Era Dios, por su gracia, por voluntad de María, quien actuó en el alma de cada uno.

En cierto momento, escucharon la exposición de la doctrina de San Luis Grignion de Montfort. Y les fue preguntado: "¿Quieren esto?" Y ellos respondieron: "¡Queremos!" En ese momento hubo una gracia para querer, resolvieron venir y hacer esta consagración. Fue una gracia la que los condujo a esto. ¡Y hay una gracia que los mantiene aquí, felices, alegres, satisfechos, dispuestos a dedicarse!

¡Cuántas gracias! Acuérdense cuanto han cambiado, hijos míos; permitan que lo diga: recuerden cuanto subieron. Ellos no entendían, pero amando lo que se les decía como Doctrina Católica, ¡amaban a Dios! Amándolo, por razones de fe, era la gracia que obraba en sus almas.

A través de las oraciones a Nuestra Señora todo se obtiene

En la Sede, cuántos entraron y cuántos no se quedaron... También ellos, pobres desdichados, recibieron la gracia, pero no tuvieron el coraje de batallar. Ganas de quedarse viendo televisión, ganas de ir al cine, ganas de un mal encuentro, pereza de salir de casa, ganas de no renunciar a un pequeño viaje a cierto lugar, a este otro; dejando así a un lado las compañías que llaman al cielo.

Imagínense lo hermosa que es la vida de un hombre que va creciendo cada vez más en gracia y que va diciendo "sí". Puede ser que a veces diga que no. Incluso, a veces, llegue a pecar. La miseria humana llega hasta allá. Pero la gracia se desdobla sobre él. Y cometido el pecado, le dice: "Hijo mío, ¿ya no te acuerdas de mí...? ¡Yo soy la gracia de Dios! ¿Estás desanimado? ¡No hay razón, porque Dios es Juez! Como pecador, eres reo; ¡pero tienes la mejor abogada del cielo y de la Tierra! Una abogada que, ¡cuando la defensa del reo no tiene salida, aún gana el caso! Porque Ella le dice al Juez: 'Si él no lo merece, ¡que sea por mí!'".

Como esta abogada es la Madre del Juez, el Juez sonríe y dice: "¡Así, la partida está ganada!" Ella dice: "¡Hijo mío, ven!"

A través de las oraciones a Nuestra Señora obtenemos todas las gracias. Todo lo que pedimos a través de Ella, lo conseguimos. Todo lo que pedimos rechazando su intercesión, no lo obtenemos. Así, por intermedio de María Santísima que los ha acompañado a cada paso, es que ustedes han obtenido esas gracias.

Alegría en el cielo por la ceremonia de consagración

Es la gracia. Y mencioné otro factor: un canal de gracia, el Ángel de la Guarda de cada uno. Todos tenemos un Ángel de la Guarda. Hay quizás cuatrocientas personas en esta sala: hay por lo menos el mismo número de ángeles aquí.

Nosotros no los vemos, pero nuestra fe sí. ¡La Iglesia enseña, luego es verdad! ¡Y basta que la Iglesia enseñe, que yo creo eso más que si lo viera!

Consideren cuánta belleza hay detrás de este acto de consagración en el que solo vemos realidades materiales. La fe nos enseña a ver realidades superiores, espirituales, sobrenaturales de otro orden, y que dotan a este acto de una belleza extraordinaria.

Ustedes pueden imaginar, en el momento en que se realizaba la ceremonia en esta tierra, ¡qué alegría había en el cielo! Las tres Personas de la Santísima Trinidad, Nuestra Señora, todos los Ángeles, todos los Santos del cielo tenían su atención puesta en el acto. Y Nuestra Señora rezaba por cada uno, y cuando besaban la imagen que habían recibido como recuerdo, los Ángeles en espíritu –porque no tienen boca– besaron los pies de Nuestra Señora en el cielo.



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una ceremonia de Consagración a Nuestra Señora, en 1985

Nuestra Señora velará por cada uno de una manera especial

¡Qué magnífico acto acaba de suceder aquí! Se ha llegado a una primera meta en las batallas libradas. A partir de este momento, comienza una verdadera maravilla: la gran batalla de la vida de cada uno de nosotros.

Alguien dirá: "Pero, Dr. Plinio, son batallas de niño, batallas de jovencito...". Sin embargo, yo fui niño y después fui joven y ¡sé lo que eso cuesta!: ¡toda el alma está metida en esto! ¡

¿Cuál es el día de mañana? ¿No sabe Nuestra Señora que tendrán dificultades, luchas, problemas? Si hay alguien que lo sabe, es Ella, que ya está velando maternalmente por cada uno. Está diciendo a sus ángeles de la guarda: "¡Para éste, atención especial! Él se convirtió en mi hijo de una manera especial; velo por él de un modo particular. Él se entregó a mí, se convirtió en cosa mía, ¡¿no voy a cuidar de lo que es mío?!"

El Ángel, deslumbrado por tanta bondad, dice: "¡Oh Reina y Madre, vos mandáis, y yo obedezco en la alegría de mi alma! ¡Lo cuidaré especialmente!"

Al entregarnos a Nuestra Señora, ¿qué es lo que Ella nos está dando? ¡La apertura de las puertas que conducen al cielo! Es verdad que a través de las luchas en esta tierra. Hay un gran poeta francés, Corneille, que dice: "El que vence sin esfuerzo, triunfa sin gloria".[1]

No engañarse sobre el futuro

¡Queridos míos, los felicito! Pero no basta con felicitarlos. Esto es el pasado, esto es el presente. ¿Y el futuro? ¡No se dejen engañar! Las batallas no se harán más pequeñas. Al contrario, ¡Se harás más grandes! Y es propio del hombre que, a medida que crece, quiera luchas cada vez más grandes. Hundirse en la seriedad, el esfuerzo... ¡Hundirse no! Subir a las alturas de la seriedad, remontar a las cumbres del esfuerzo, ser fiel a la Ley de Dios, incluso en los momentos en que tenemos la impresión de que todo nos invita al mal, digamos: "Dios te salve Reina y Madre, Madre de Misericordia..."

Seamos realistas: cada cual tiene todos los elementos para no pecar, pero nadie puede garantizar que no pecará. Debemos prepararnos. Si ocurre esta desgracia, esa catástrofe que es un pecado mortal, debemos aprender qué hacer: es confiar, no desesperar, no perder la cabeza. Inmediatamente ir a los pies de una imagen de Nuestra Señora; y si no hubiera una imagen cerca, coger el Rosario e inmediatamente decir: "Dios te salve Reina y Madre, Madre de Misericordia..."

O aquella dulcísima y bellísima oración: "¡Acordaos, oh, piadosísima Virgen María, que nunca se oyó decir –¡nunca se oyó decir!– que alguien haya recurrido a vuestra protección y fuera abandonado por vos... gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana…" Esta es la oración, no solo del hombre puro, sino también del pecador. Gime bajo el peso de sus pecados, pero se dirige a Nuestra Señora y le dice: "Acordaos, oh, piadosísima Virgen María, que nunca se oyó decir... No se desmienta en mi caso: yo sólo, el desdichado, en el que se desmienta en mí vuestra misericordia, ¡oh mil veces no! ¡Yo confío madre mía! ¡Levántame de nuevo! ¡Dame valor para confesarme y para que continúe una y otra vez, y otra vez, esta lucha que me llevará al cielo!"

Enfrentando al mundo revolucionario

También hay que confrontar al mundo revolucionario. Él odia las virtudes que debemos practicar. Odia y desprecia la pureza, de la que no es digno; la odia por envidia, por incompatibilidad. Este odio caerá sobre aquel que es puro. Se reirán, se burlarán, hablarán mal de ustedes, los aislarán, los perseguirán porque son puros.

Está escrito en el Evangelio, en el Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos" *(cf. Mt 5, 10)*. ¡La Santísima Virgen les dará las fuerzas para enfrentar todas esas cosas y, frente al impuro, ostentar su pureza con la cabeza en alto! "¡Miserable, insolente! Tú te glorias de tu pecado, y yo ¿no me gloriaré de la virtud que Nuestra Señora me concede practicar? ¡Nunca!" ¡La pureza no baja la cabeza ante la impureza! ¡Miren de frente, sin miedo y con altivez!

Aquí, juntos, pidamos a los ángeles, a los santos, pidamos a nuestros santos patronos que nos den esa pureza que nunca conoce manchas, esa confianza por la cual, si una mancha por desgracia llegue a empañar la pureza de nuestra alma, no perdamos la confianza y recemos una vez más: "Madre mía, tu misericordia es más grande que mi miseria; ¡ten piedad de mí!" Y volvemos a la carga contra el pecado...

De esta manera se van habilitando para luchar en las grandes luchas de Nuestra Señora. Son grandes, no son pequeñas. Yo pasé por ellas. Mi querido João Clá pasó magníficamente por ellas cuando era estudiante. Todos sabemos por experiencia propia qué son grandes luchas.



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una ceremonia de Consagración a Nuestra Señora en 1990

No los estoy invitando a un camino insignificante. ¡Los invito a un gran camino rumbo a un gran fin, al servicio de una gran Señora! Una Señora, sin embargo, que, en la hora de nuestras pruebas, de nuestras aflicciones, de nuestras perplejidades, como toda madre, sabe hacerse pequeña, sabe casi tomar nuestro tamaño y hablar con nuestras tristezas, hablar con nuestras miserias, ¡con tal bondad que quedamos asombramos!

La esclavitud de María comporta una extraordinaria intimidad con Ella

¿Cómo habla Nuestra Señora? Ella no se aparece. Nunca se me apareció. Pero ¿cómo habla Ella? A través de movimientos internos de gracia cuando constatamos: realmente algo que yo sentí, fue Nuestra Señora la que me lo hizo sentir.

Por ejemplo, una buena madre de una familia numerosa. Se sabe si es una buena madre viendo cómo trata a cada hijo, teniendo un nivel de relaciones que es adecuado a cada hijo; y ella agrada, trata, estimula, se desarrolla de acuerdo con lo que aquel hijo es. Así, Nuestra Señora con cada uno de nosotros, individualmente, tiene un tenor de relaciones. Y si tomamos la devoción enseñada por San Luis Grignion de Montfort bien en serio, comprenderemos esto. Ella sabrá desarrollar esta relación.

Y la Sagrada Esclavitud a Nuestra Señora incluye ese tipo de intimidad en la que cada uno la trata a su manera y Ella acepta benignamente la forma de ser de cada cual. Esto no se puede estandarizar, porque estaría disminuyendo la belleza de su obra. Precisamente la belleza de la obra de Ella es hacer algo incalculablemente diversificado y, en cada uno, dar un cierto matiz.

Si sabemos pedir esta intimidad, si pedimos mucho, Ella nos la dará. La sagrada esclavitud a Nuestra Señora tiene un aspecto que podría llamarse sagrada intimidad con Nuestra Señora. O bien, la relación sagrada y personalísima con Nuestra Señora, en la que Ella es toda entera, como si existiera sólo para nosotros, y como si fuera íntegra, como Ella se nos revela. Aquí está la belleza y el esplendor de Nuestra Señora.

En el Infierno, el demonio ruge de odio, porque los que se han consagrado a Nuestra Señora son presas que los Ángeles han arrebatado de sus garras. Está hirviendo de odio y pensando en planes para perderlos. Pero María Santísima, la Inmaculada Concepción, que en la invocación de Nuestra Señora de las Gracias está pisando la cabeza de la serpiente, aplasta y aplastará siempre a Satanás.

¡Que ustedes pasen su vida aplastando al demonio! En sí mismos, por el rechazo de las tentaciones; fuera de sí, que es el demonio de la Revolución, por la victoria de la Contra-Revolución, por la venida del Reino de María.

Termino estas palabras con esta exclamación: ¡gloria sea dada a la Madre de Dios por haberlos traído aquí! ¡Gloria a Ella por llevarlos hasta la realización de los grandes designios que tiene para cada uno!

El encuentro con el "Tratado"

Cuando era joven, hice una novena a Santa Teresita del Niño Jesús para conseguir dos cosas muy diferentes que estaba queriendo mucho: una era para adquirir o encontrar un buen libro de vida espiritual y otra era ganarme una lotería y hacerme rico.

Tenía una buena intención en esto: quería quedar con todo el tiempo libre para el apostolado. Santa Teresita accedió inmediatamente el primer pedido. ¡Hasta el día de hoy, no atendió el segundo!

En esa ocasión, entré en una librería católica y comencé a buscar libros, y encontré uno muy lindo y bien impreso: *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*.



Archivo Revista

Plinio a principios de la década de 1930

Había otro libro; dudé entre los dos, hoy ni siquiera recuerdo cuál era. Como uno de ellos era muy bonito, muy agradable de manejar, etc. —no tenía otra razón para preferir uno al otro—, cogí el mejor acabado. Me lo llevé a casa, me senté y me puse a leer. Era el "*Tratado*" de San Luis Grignion de Montfort. Al leer este libro, me di cuenta de que estaba llamado a esa unión entera con Nuestra Señora que había comenzado a vibrar en mí.

¡Lo leí! Lo leí como se lee un libro para aprobar un examen: tomé notas, apuntes. Cuando la doctrina expuesta allí estaba fijada en mi espíritu, hice la consagración. Tenía unos 21 años. Tengo ahora 76 años. Desde entonces, con la gracia de Dios, no ha pasado un día en que, por mi culpa, haya dejado de rezar el acto de la Consagración. ❖

(Extraído de conferencias del 15/8/1970, 5/1/1985, 13/4/1985)

---

1) "*À vaincre sans péril, on triomphe sans gloire*" . Théâtre de Pierre de Thomas Corneille: avec notes et commentaires - Tomo 1, p. 42, Pierre Corneille, Firmin Didot frères, 1853.

Reino de María: la hora del pulchrum en la Historia



Archivo Revista

Impulsado por una tendencia propia al alma inocente, el Dr. Plinio vivía buscando el ápice de la perfección en todas las cosas, haciendo de la consideración de las formas, colores y sabores una meditación religiosa que lo conducía al Sagrado Corazón de Jesús y al despuntar de una era en la cual las bellezas estarán especial e íntimamente relacionadas con Nuestra Señora: el Reino de María.

Había una frase muy citada en la época de mí juventud: *L'homme revient toujours à ses prémiers amours*.[1]

Una pregunta característica del inocente

Cuando seguimos el camino de la fidelidad y llegamos al término final, notamos que se trata de un retorno al punto inicial. Por lo tanto, la caminata del hombre en esta vida, en vez de ser considerada como una recta, es un recorrido que vuelve a los primeros pensamientos, a la



Salvador Vasques

primera inocencia, a los primeros impulsos buenos que tuvo en los tiempos áureos de la infancia y a los cuales vuelve completando las preguntas y los anhelos de la infancia inaugural.

Me acuerdo perfectamente del período anterior al Colegio San Luis, o sea, de la inocencia antes de conocer la Revolución y tener cualquier preocupación con ella, durante el cual, no obstante, la Contra - Revolución estaba siendo modelada por la gracia en mi alma haciéndome admirar una serie de cosas que, en el fondo, serían el Reino de María con el cual yo soñaba.

Me doy cuenta de que, en esa fase inicial, todo el *élan* de mi persona estaba dirigido a un determinado punto y que el choque vino con violencia en relación al mundo de la Revolución, que encontré en el Colegio San Luis, porque ese punto inicial estaba muy firmemente puesto en mi alma y chocando a toda velocidad contra un mundo que venía en sentido opuesto. Si ese punto inicial no estuviese muy firme, no habría choque, simplemente yo caería sobre las vías, el tren de la Revolución habría pasado sobre mí y yo estaría liquidado, como sucede con millones y millones de personas.

¿Cuál era ese punto inicial?

Era una tendencia propia a la gracia de querer admirar, respetar, maravillarme, que yo traía dentro de mí y que, delante de las varias creaturas, me hacía formular instintivamente esta pregunta característica del verdadero inocente: "Eso es bonito; pero si fuera lindo, ¿cómo sería? Tal persona me parece buena, pero si fuese un padrón perfecto de ese tipo humano, ¿cómo sería ella? Tal vitral, tal pinturita hecha en la pared, de publicidad comercial, tal cosa, tal otra…si llegara hasta el último punto de perfección, ¿cómo sería?"

Esta pregunta se ponía continuamente en mí espíritu, no de un modo repentino, sino lento.

Por ejemplo, a mí me gustaba mucho el nácar. En aquel tiempo era común usar botones producidos con ese material; vendían y ponían en el comercio botoncitos de



Divulgação (CC3.0)

nácar para camisas, de muy buena cualidad.

Pero el nácar tenía el inconveniente de que se partía, saliendo fragmentos. Cuando me sucedía que vestía una camisa con un botón un poco partido, yo veía otros reflejos del nácar que no aparecían en la superficie, medio opaca, menos bonita que estando partida. No sé cómo la trabajaban, pero por fuera era menos bonita que por dentro.

Me venía, entonces esta reflexión: ese nácar, como tantas otras cosas que veo por ahí, está medio deformado, pero la esencia vale más que el aspecto exterior; en su parte central es una maravilla.

Entonces, existe un modo de ser bonito a la manera del interior del nácar, con colores *chatoyantes*,[2] mutables, opalescentes, que no es el modo de ser fijo de la belleza clásica. Debe existir por el mundo un número enorme de bellezas huidizas así, sobre las cuales esas personas que me rodean y una cantidad enorme de gente como ellas no fijan su atención ni conversan.



Luca.s (CC3.0)

Rua Líbero Badaró, em 1920

Si yo apareciera delante de ellas con ese botón partido y quisiera conversar sobre eso, van a dar una risita condescendiente, como delante de un niño bobo, van a decir que es linda y después continuarán tratando de asuntos en los cuales no encuentro ninguna gracia.

Por eso yo mantengo distancia sin beligerancia, sin hostilidad, pero con un fondo de decepción y de hielo, y voy a prestar atención en otras cosas.

Meditación esencialmente religiosa, anhelo del Reino de María



Sheila Sund (CC3.0)

Las papelerías antiguas importaban muchos artículos de lujo de Europa, como blocs pequeños de notas con *tranche dorée* [corte dorado], encuadernación de cuero con un adorno de metal y otras cosas así que yo compraba cuando conseguía dinero, antes de que comenzase con la manía de los soldaditos de plomo. Sin embargo, mi tendencia no era de comprar con la intención de usar, sino de tener. Yo temía que hubiese en eso un cierto desequilibrio, porque todas las personas consideradas equilibradas no procedían así; entonces yo también evitaba adquirir, porque no quería dar rienda suelta a esa tendencia y tenía horror de la atracción del vacío, del desequilibrio, de la monomanía.

No obstante, yo era tendiente a comprar no sólo esos objetos, sino también bolitas de vidrio que adquiría no para jugar –jugaba un poco, pero no me interesaba mucho– sino para poseerlas como padrón de una cierta belleza que aquello me daba al espíritu.

Además, me acuerdo haber visto una vez, en una casa de la calle Líbero Badaró, unas cajitas de madera todas pintadas y de formas diferentes, representando baúles muy bonitos, con pedrerías, utilizados en el siglo XV, sobre todo en el norte de Italia, en la Lombardía, antes de aparecer el armario perpendicular. El Veneto y la Lombardía eran muy ricos y producían cosas de ese tipo bellísimas; y esas cajitas de madera eran muy baratas. Yo compré cinco, diez cajitas de esas y las llevé a mi casa.

Así yo guardaba un mundo de *bric–à–brac*,[3] con los cuales, sin saber, hacía ejercicios de *emerveillement*.[4]



kuhnmi (CC3.0)

Lago Sils, Suíça

Esa tendencia, si yo tuviese madurez e inteligencia en esa época –no las tenía, era un niño– me llevaría a concluir: "Hay entonces un orden de cosas que posee una belleza absoluta, perfecta e inmutable. Ese orden llenaría mi alma y fui hecho para él; quiero no sólo conocerlo, sino comprender la razón –yo no sabía decir la palabra "metafísica", pero era eso– por la cual ese orden es así. Yo querría llegar hasta ese conocimiento, porque siento que eso me transformaría y haría de mí el Plinio que debo ser".

Me encantaban las fotografías de Suiza, por ejemplo, que presentaban cumbres de montañas en la aurora, rosadas, y lagos con un azul prodigioso; en cierto lugar una capillita, y otros panoramas así.

Había una peculiaridad singular: yo nunca sentía que captaba tan bien esa especie de misterio

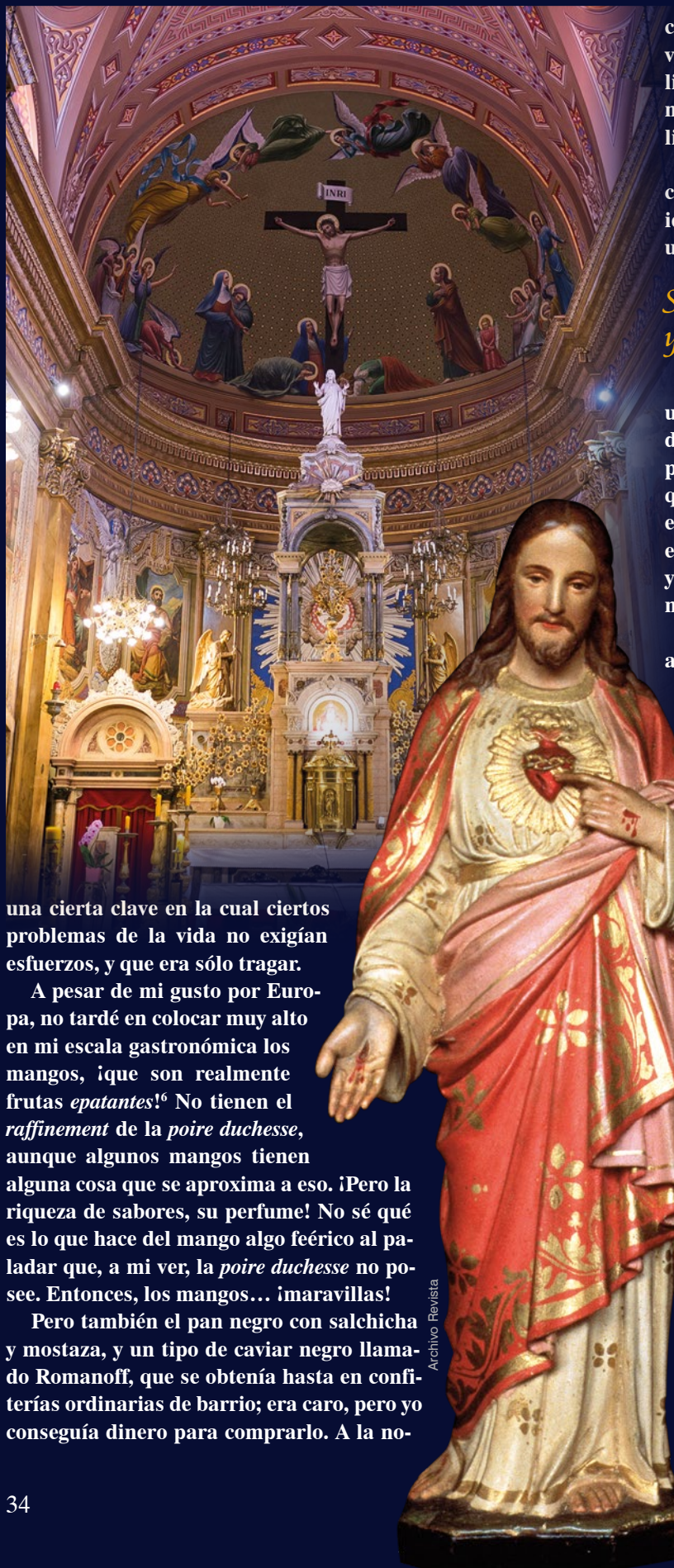
que yo quería alcanzar en las cosas – eran de sublimidades, no de colores oscuros, sino de luz – que cuando comía. No era por el mero gusto de comer, pero ciertos alimentos me venían conjugados con impresiones de esas, y yo tenía una sensación de que yo sólo las aprehendía enteramente comiendo cosas que fuesen en ese sentido.

Estábamos en un mundo aún no protegido por leyes aduaneras, de manera que se importaba cualquier cantidad de mercaderías de Europa y, de vez en cuando, aparecían en la mesa de casa *poires duchesses*: peras de un verde claro delicado, con unas zonas un poco más enrojecidas. Cuando se metía el cuchillo, era preciso hacerlo con cuidado, porque ya iban soltando jugo, de tan líquidas que eran, ¡sabrosas y deliciosas! Y cuando yo las comía, tenía la doble impresión de una delicadeza ducal, de un *raffinement*[5] ducal, pero al mismo tiempo de una abundancia de jugo en que casi no era necesario masticar para comer, como que dando a entender que había



Divulgación (CC3.0)

Luis C.R. Abreu



Archivo Revista

una cierta clave en la cual ciertos problemas de la vida no exigían esfuerzos, y que era sólo tragar.

A pesar de mi gusto por Europa, no tardé en colocar muy alto en mi escala gastronómica los mangos, ¡que son realmente frutas *epatantes*![6] No tienen el *raffinement* de la *poire duchesse*, aunque algunos mangos tienen alguna cosa que se aproxima a eso. ¡Pero la riqueza de sabores, su perfume! No sé qué es lo que hace del mango algo feérico al paladar que, a mi ver, la *poire duchesse* no posee. Entonces, los mangos… ¡maravillas!

Pero también el pan negro con salchicha y mostaza, y un tipo de caviar negro llamado Romanoff, que se obtenía hasta en confiterías ordinarias de barrio; era caro, pero yo conseguía dinero para comprarlo. A la noche, antes de acostarme, abría la lata de caviar Romanoff, le colocaba algunas gotas de limón, lo ponía sobre rebanadas de pan con mantequilla, y lo comía. Me iba a dormir realizado. Todo eso, buscando un absoluto.

Yo no sabía, pero era una meditación esencialmente religiosa que me llevaba a toda una idea que, en el fondo, era la materia prima de un anhelo del Reino de María.

Sagrado Corazón de Jesús, centro y ápice de todas las perfecciones

Cómo sería bueno si yo hubiera encontrado un sacerdote que me explicara que todo eso, de hecho, existía de modo personal, absoluto, perfecto e inmutable en Dios Nuestro Señor; y que todas las perfecciones imaginadas por mí eran reflejos quintaesenciados de una belleza eterna y, sobre todo, personal. Pero hasta allá yo no llegaba, porque en las clases de catecismo no decían eso.

De manera que, no sabiendo eso, yo no lo asociaba a la religión, pero notaba que cuando yo estaba trabajado enteramente por consideraciones de ese género, yendo a la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús para rezar, sentía tanto más afinidad con aquel ambiente cuanto más estuviese en esa línea de consideraciones.

Mirando sus imágenes, sobre todo para aquella que se encuentra en el cuarto que fuera de mamá, yo tenía la noción de que nadie había sido como Él, no podía ser igual y, mucho menos, superior a Él, porque allí estaba la perfección del hombre. Él era el centro del mundo para el cual yo caminaba.

La castidad y la aurora del pulchrum marial

Para tener el alma con las alas enteramente *deployées*[7] para esos vuelos, es necesario ser casto y, mejor todavía, si fuere posible, virgen. Es la ventaja del celibato, la santidad de la castidad recuperada, del perdón obtenido, es el lirio que renace… ¡todo eso es lindísimo! Sin eso la persona no comprende una serie de cosas de ese vuelo de espíritu.

Considerado desde el punto de vista de la mística, en ese *pulchrum*[8] del cual estoy tratando, entra un saborcito de lo sobrenatural que es lo más atrayente, pues es un punto donde la naturaleza toca en lo sobrenatural y queda iluminada por él.

Hablé de paisajes suizos. Cuando parece que el sol nace detrás del monte todo helado y se refleja en el hielo, se tiene la impresión de que está naciendo de dentro del mundo. Así también de la castidad bien guardada nace todo eso.

Por otro lado, si una persona conserva eso, inclusive cuando la batalla por la castidad es muy grande y comporta caídas, es la señal de que se trata de alguien a quien Nuestra Señora está agarrando de la mano y deja que se sumerja en la pintura negra hasta los cabellos, pero no permite que se hunda ni que pierda lo que la liga a Ella. Algún día Ella saca a esa persona del pozo donde se encuentra y el alma está como el Sol que renace. Es una cosa muy bonita.

Estas consideraciones hacen propiamente al contra-revolucionario. Todas las tendencias más infames del hombre son contrarias a lo bello, y la Revolución coaliga a las personas más por el rechazo del *pulchrum* que por la atracción del error.

En la trilogía *verum, bonum,*[9] *pulchrum*, el papel del *verum* y del *bonum* fue muy estudiado, pulido por la Iglesia, a lo largo de los siglos. Pero llegó el turno del *pulchrum*. El Reino de María será la hora del pulchrum ligado a Nuestra Señora. La pulcritud tiene, en lo que dice con respecto a Ella, una relación especial e intimísima, de primera calidad. ❖

(Extraído de conferencia del 9/5/1992)



Tiago Aragão

Giles Laurent (CC3.0)

---

1) Del francés: "El hombre siempre vuelve a sus primeros amores".
2) Del francés: centellantes, destellantes.
3) Del francés: bricabraque o brique-à-braque. Colección de objetos variados de arte o artesanado.
4) Del francés: ejercicios para maravillarme.
5) Del francés: requinte.
6) Del francés: extraordinarias.
7) Del francés: desplegadas, abiertas.
8) Del latín: bello.
9) Del latín: verdadero, bueno.



Nuestra Señora del Amparo - Catedral de Nuestra Señora de Múnich

Flávio Lourenço

El amor de la Santísima Virgen hacia sus esclavos

El verdadero esclavo de María debe tener entusiasmo por las grandezas de su Señora de manera que nunca se dirija a Ella sin un sumo respeto, una suma admiración y una suma confianza; como a una creatura supereminente, altísima, pero por ser la más alta, es la más benigna, la más condescendiente, la más afable de todas las creaturas, la más dispuesta a descender hasta nosotros.

Su grandeza es tal que llena todos los espacios de la Creación, hasta las distancias enormes que van de Ella hasta nosotros. Por eso, Nuestra Señora es la más cercana a nosotros, la más accesible, la más misericordiosa, la más dispuesta a perdonar, a atender, que no se enoja ni se irrita nunca, que nos quiere siempre y por motivos altísimos, absolutamente estables y en los cuales nosotros podemos tener una confianza total.

El amor de la Santísima Virgen hacia nosotros procede del hecho de que Ella ve cuánto Dios nos ama y, por eso, tiene hacia nosotros un amor fijo, estable, definitivo, profundo, completo, que participa del amor que Ella tiene a Dios.

(Extraído de conferencia del 16/6/1972)